CUADERNOS
historia 16

Catástrofes medievales

Emilio Mitre, Pilar Azcárate y Ana Arranz



120

175 ptas



Enfermo de peste bubónica atendido por un cirujano (xilografía del Spruch von der Pestilenz, *por Hans Folz, año 1482)*

Indice

La definición académica dice que catástrofe es un suceso infausto que altera gravemente el orden regular de las cosas. *Tal definición se ajusta a los esquemas de una sociedad como la del occidente europeo, tomada en la actualidad como cima del desarrollo material y moral. Las catástrofes son, así, lo anormal por cuanto se da por hecho que las contingencias más negativas pueden, o bien ser previstas, o, caso de producirse, sus efectos resultan la mayor parte de las veces fácilmente neutralizables.*

No es necesario recalcar que en los siglos medievales y en este mismo ámbito geográfico las cosas eran muy distintas. No es difícil sucumbir ante una tentación que, sin embargo, puede introducirnos en el buen camino: trasvasar las imágenes alucinantes del Tercer Mundo a las realidades diarias del hombre del Medievo. Las lacras resultan muy parecidas: limitadísimas esperanzas de vida, subalimentación crónica, indefensión ante los zarpazos de la naturaleza, epidemias y pandemias, ínfimos niveles de producción agraria, violencia latente...

Reiterar ciertas imágenes —plagas bíblicas, jinetes del Apocalipsis, etcétera— para definir una situación resulta un artificio retórico. Pero es una buena forma de reflejar la impotencia del momento ante la furia desatada de las enfermedades, el hambre y la endémica violencia bélica. Se ha hablado repetidamente de la familiaridad —incluso de la indiferencia— del hombre medieval ante la muerte. Hay en este aserto mucho de exageración. Sin embargo hay algo —reiteramos— que es evidente: lo que en nuestro siglo consideramos como catastrófico por lo infrecuente, en el Medievo adquiría las características de lo cotidiano. Era el conjunto de calamidades con las que el hombre de la época se veía forzado a convivir.

Entre lo real y lo imaginario

Emilio Mitre Fernández
Catedrático de Historia Medieval. Universidad Complutense de Madrid

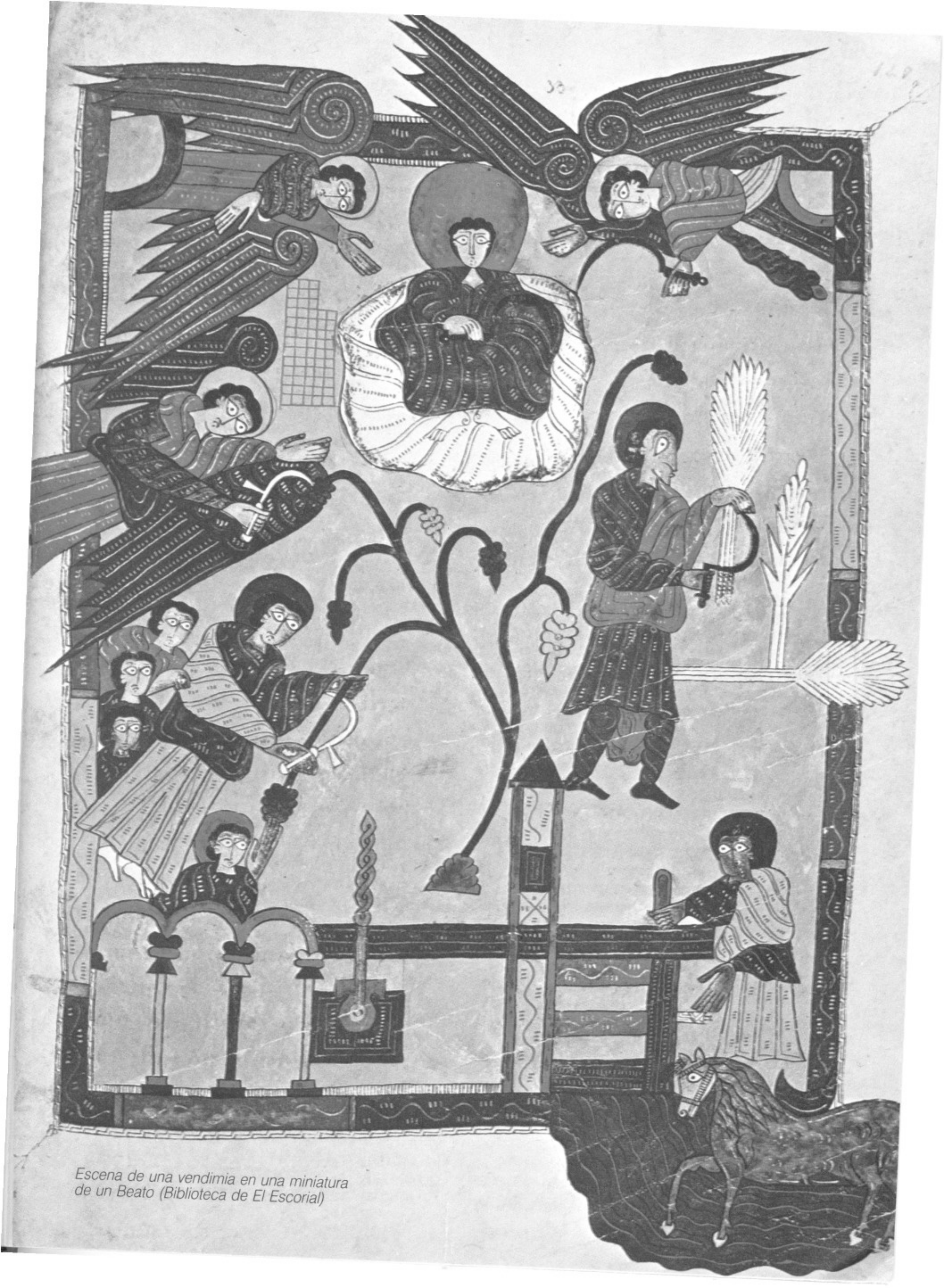
UN lector poco avisado de textos medievales— incluso de aquellos que aspiran a ceñirse a la más fría de las verdades— se verá sorprendido por lo que, desde una perspectiva racionalista actual, son fantasías y exageraciones.

Bernard Guenée, uno de los principales estudiosos de los testimonios narrativos del occidente medieval, ha escrito recientemente que la retórica del cronista-historiador de la época traiciona frecuentemente a la estadística. En efecto, las cifras con las que juega son, la mayoría de las veces, disparatadas: habitantes de las grandes ciudades, número de combatientes de los ejércitos... y, sobre todo, número de víctimas de las grandes catástrofes. Para tales casos basta echar mano de la obra del hispano Paulo Orosio, uno de los principales guías del pensamiento histórico de la Edad Media. El rigor estadístico no se encuentra, ciertamente, entre las virtudes del hombre de letras de esta época.

Utilizando una expresión un tanto tópica, podemos seguir manteniendo que cada época (incluso cada generación) tiene su particular visión de la historia y de los hechos que la integran. Con su peculiar discurso, el hombre del Medievo expresaba *su* verdad particular, muy diferente de *la* verdad de un hombre del Renacimiento, de la Ilustración o del siglo XX. Una verdad que estaba inserta en un mundo de valores en el que el conocimiento del pasado contaba no sólo para la comprensión del presente, sino también para explicar unas vagas previsiones de futuro.

Y una verdad —habría que añadir— que estaba seriamente mediatizada por las graves limitaciones en que se desenvolvía la vida cotidiana. Lo familiar de la muerte, en más de una ocasión a nivel de auténtica catástrofe, inducía con frecuencia a crear un mundo de imágenes, reflejo fantaseado de unas duras realidades.

San Agustín, padre por antonomasia de la teología medieval y, por extensión, del pensamiento histórico cristiano, popularizó una imagen: la de la evolución de la humanidad en



Escena de una vendimia en una miniatura de un Beato (Biblioteca de El Escorial)

seis etapas equivalentes, grosso modo, a las de la vida del hombre. La séptima, cuyo inicio sólo la conocía Dios, supondría una especie de plenitud metahistórica de los tiempos: el sábado y descanso perpetuos, en el lenguaje del obispo de Hipona.

Las edades de un mundo en senectud

Bajo este esquema general vivieron los autores posteriores, aunque en determinados momentos —sobre todo a partir del siglo XII— se produjeran serios intentos de rejuvenecimiento de sus líneas maestras.

Así, para Hildegarda de Bingen (conocida como la Sibila del Rhin) los años finales del siglo XI conocieron un acelerón histórico expresado en una profunda decadencia. La historia, vista por esta autora, acaba derivando en profecía: los desastres augurados a la humanidad serían los síntomas de la llegada y dominio del anticristo en el mundo.

Otro autor alemán, el obispo Otón de Freising, escribió por los mismos años una obra de claras resonancias agustinianas: *Chronica sive historia de duabus civitatibus.* Tras el arduo enfrentamiento de la *civitas* terrestre y la *civitas* celeste, a lo largo de una serie de edades, el fin de los tiempos —sostenía este autor— se estaba aproximando. Lo marcarían la venida del anticristo y el juicio final. Un juicio que el conocido autor castellano del siglo XIII Gonzalo de Berceo nos presentaría acompañado de quince catastróficos signos precursores.

Será, sin embargo, la obra del cisterciense Joaquín de Fiore (muerto en 1202) la destinada a tener un mayor éxito como pieza de reflexión historiológica. Dos edades de la historia se habían ya cubierto prácticamente: la del Padre y la del Hijo, equivalentes, grosso modo, a los tiempos del Antiguo y el Nuevo Testamento. La tercera sería la del Espíritu, que cuajaría hacia mediados del siglo XIII, y que quedaría marcada por una radical transformación de la sociedad.

El fin del mundo en el horizonte ideológico

Pese a las diferencias y destinos de estas obras, algo parece común: la conciencia pesimista de los intelectuales medievales convencidos de vivir un período oscuro (una auténtica *edad media),* un envejecimiento del mundo *(mundus senescens)* que abría fantásticas —cuando no terroríficas— expectativas.

La idea de una gigantesca catástrofe que ha de poner fin a este mundo corrompido y dar vía a otro completamente regenerado, nutrió buena parte de la apocalíptica judía y cristiana.

El fermento regenerador lo constituirían los *justos de Yahvé,* el *resto justo,* que harían posible que Yahvé reinase en *una Jerusalén reconstruida, desde una Sión convertida en capital espiritual del mundo, lugar a donde acudan todas las naciones. Se establecerá un mundo justo, los pobres serán protegidos, en un mundo armonioso y pacífico, en el que las bestias peligrosas y salvajes se convertirán en mansas e inofensivas* (N. Cohn).

Las difíciles condiciones de vida que habitualmente padeció el pueblo judío facilitaron estas fantasías escatológicas que luego heredaría el cristianismo primitivo. Durante algún tiempo estuvo muy extendida la creencia en una inminente era mesiánica en la que el castigo de los enemigos sería el necesario complemento para el fin de todos los males. El *Apocalipsis* de San Juan fue un texto que obtuvo el placet canónico, pero no fue, ni mucho menos, la única pieza en su género.

Las fechas evocadoras

A medida que la comunidad cristiana fue cobrando una mayor fuerza organizativa, tendió a relegar todo tipo de fantasías apocalípticas y a retrasar indefinidamente la segunda venida del Señor. La jerarquía eclesiástica acabó predicando la transformación no como un acontecimiento —y menos aún catastrófico— que tuviera lugar en un momento determinado, sino como una regeneración de las almas de los creyentes. Las corrientes ancladas en el mesianismo y el apocalipticismo que predicaban un violento cambio de la situación, fueron puestas en entredicho.

Algunos años después de la muerte de San Juan, los discípulos del exaltado predicador Montano esperaron con ansia esa pronta *segunda venida,* pero fueron neutralizados. Algo similar ocurriría con otros brotes posteriores. La comunidad escatológica que había integrado la muy primitiva cristiandad, derivó —dice Bultmann— en una comunidad de culto.



Cortesanos frente al rey, según miniatura del Beato de Liébana, siglo X (Colegio de la Santa Cruz, Valladolid)

El *Apocalipsis* de San Juan era, sin embargo, un libro lo suficientemente vago como para servir de fuente de inspiración en las más variadas situaciones. Hacia 1940, Henri Focillon escribió que *cada vez que la humanidad es sacudida en sus profundidades por un cataclismo político, militar o moral de inusitada amplitud, piensa en el final de los tiempos, evoca el Apocalipsis.* No podía ocurrir menos con la sociedad del occidente medieval (especialmente en sus primeros siglos) consciente de su propia vulnerabilidad y, por tanto, siempre propicia a evocar cierto tipo de imágenes y a explicar por la vía de las fantasías aquellas situaciones cuya solución no parecía al alcance de la mano.

Un monje astur, Beato de Liébana, potenciaría decisivamente a fines del siglo VIII este tipo de creencias a través de sus *Comentarios sobre el Apocalipsis.* Además del texto en sí, serían sus vigorosas ilustraciones las que causasen un profundo impacto: impresionantes cuadros de las catástrofes y horrores de los últimos días del mundo. Imágenes que de los códices mozárabes y carolingios pasarían luego a los muros y pórticos de las iglesias como un medio de educación para los iletrados. En el fondo de la cuestión estaba la culminación de una gigantesca lucha cósmica entre las fuerzas del bien y las del mal. Una visión grandiosamente plástica, en definitiva, de la revelación de San Juan.

Mucho se ha especulado en torno a la acentuación de la conciencia apocalíptica con motivo de ciertas efemérides. El milenario del nacimiento de Cristo ha exaltado poderosamente la imaginación...

En efecto, una serie de trabajos redactados a lo largo del siglo XX han puesto en duda que, en vísperas del año 1000, estuviera más difundida que en otros momentos la conciencia de un inminente fin del mundo. El siglo X produjo, lógicamente, una literatura apocalíptica que habló de esa posible catástrofe que precedería a la consumación de los tiempos. Pero se trata tan sólo de media docena de textos, el más importante de los cuales —el *Libellus de Antechristo,* redactado hacia el 950 por el abad Adson de Mortierender— pinta con los habituales tintes catastrofistas los signos precursores del fin del mundo. Pero no fija para este evento ni el año 1000 ni ninguna otra fecha concreta.

Gog y Magog

De acuerdo con esta idea cabría hablar de una falta de sentido único asignable por los autores del Medievo a fechas, personajes y situaciones susceptibles de analizarse desde una perspectiva apocalíptica.

Un ejemplo lo dan los pueblos de Gog y

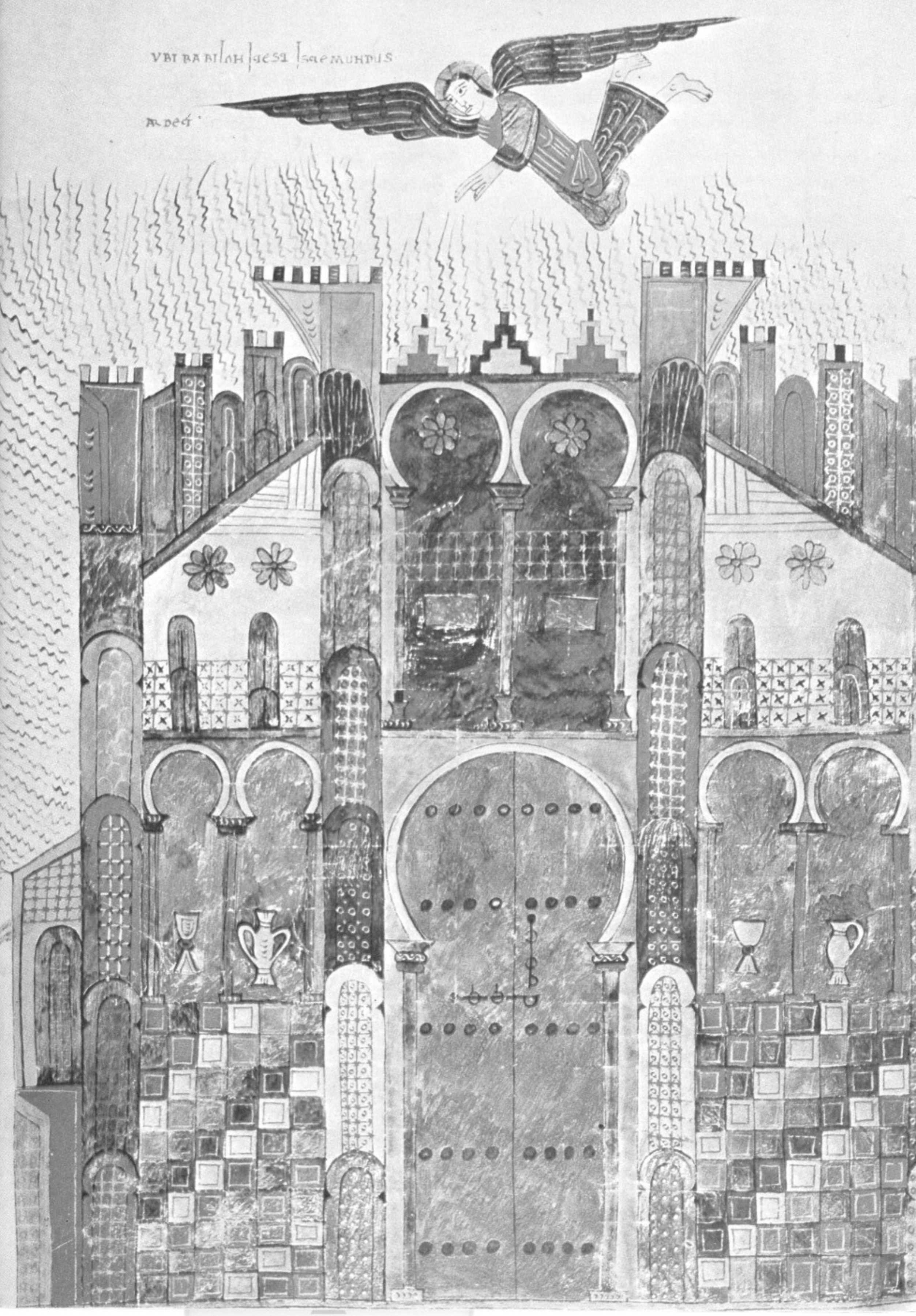


Dos miniaturas del Beato de Gerona, siglo X, ilustrando los comentarios al Apocalipsis (catedral de Gerona)

Magog de los que se habla en el Libro de Ezequiel y que, para Adson, vendrían al mundo al final del séptimo milenario, saqueándolo todo, alimentándose de reptiles y niños nonatos. Aunque estas connotaciones negativas sean las que prevalezcan, a su lado cabrán otras interpretaciones. Así, en la *Crónica Profética,* redactada en el reino de Asturias a fines del siglo IX, Gog simboliza el pueblo godo que, al cabo de un período de ciento setenta años de opresión de los musulmanes, se vengará de éstos expulsándolos de territorio hispánico.

Otros pueblos no imaginarios, sino reales, también fueron aureolados con frecuencia con la dudosa fama de heraldos de la catástrofe, como encarnaciones de los Gog y Magog bíblicos. Godos, hunos, árabes, normandos, magiares, mongoles, etcétera... desde los albores del Medievo hasta su ocaso excitaron la aterrada imaginación popular de manera fundada en más de una ocasión. Sin embargo, los juicios de los autores coetáneos no fueron siempre uniformes. En caso de que alguno de estos pueblos se integrase en la sociedad cristiana, de inmediato, la opinión formada sobre él tendía a suavizarse. Los distintos juicios emitidos por los autores eclesiásticos del siglo V sobre los invasores germanos es todo un síntoma.

En más de una ocasión, también, la inminente catástrofe apocalíptica es un fantasma con el que se juega para abogar por el mantenimiento de una estructura política —el imperio generalmente— a la que se considera el mejor freno frente a las asechanzas del anticristo. El poema anónimo *Ludus de Antichristo* se expresó en estos términos a mediados del siglo XII para defender la ideología imperial de Federico Barbarroja.


VBI BABILON
MUNDUS
ARDET

Las mismas fechas evocadoras pueden tener un valor cambiante. Beato de Liébana, a través de sus particulares cómputos, fijaba en el 800 el inicio del fin de los tiempos. El año 1000 pudo rodearse de una aureola catastrofista, pero también recibió una estima opuesta: la de gloriosa conmemoración del nacimiento del Salvador. Autores como Raúl Glaber desplazaron hasta el 1033 (milenario de la pasión) el sentido mágico con el que se rodeaba a otras fechas. Bastantes años más tarde, Joaquín de Fiore adelantaría el 1260 como punto de arranque para la edad del Espíritu. La cifra se tomaba del número de días que la mujer del Apocalipsis permaneció en el desierto.

La sociedad medieval se podía dejar arrastrar por fantasías y podía incluso sublimar un mundo de catástrofes que le resultaba dramáticamente familiar dada la precariedad de medios de defensa. Cometas, cambios estacionales y otros prodigios como los evocados por Raúl Glaber para los años iniciales del siglo XI, podían tomarse comúnmente como signos de próximas catástrofes.

Pero el discurso no fue monolítico. Varió según las interpretaciones de fechas, hechos y personajes, pero también en virtud de la extracción social de los autores o de los intereses a los que servían. Se ha escrito recientemente que el Medievo contó con dos tendencias milenaristas. Una fue la de los monjes, pesimista, convencida de la imposibilidad de realizar en el mundo esa amplia regeneración con la que se soñaba y que transfería esta esperanza al más allá. La otra tendencia —popular y soterrada— bebía en aquellas tradiciones ancestrales que la Iglesia trató de neutralizar desde los primeros siglos de la era cristiana, pero que periódicamente retoñaban alimentando los sueños de quienes deseaban un cambio mesiánico en un aquí y un ahora cercanos. Joaquín de Fiore trató de conjugar ambas actitudes. Con escasos resultados si tenemos en cuenta la condena y represión sistemática que sus discípulos —directos e indirectos— sufrieron a lo largo del bajo Medievo.

El enemigo a destruir

Aparte las catástrofes cósmicas, las élites medievales pensaron en otras que acampaban en el interior o en las fronteras de la sociedad cristiana.

En 1274, el general de los dominicos Humberto de Romano habló de siete pruebas —similares a las plagas bíblicas— a superar por la Iglesia. El Islam se consideraba como la más pertinaz.

Tan grave como este peligro exterior lo eran los interiores: el cisma, la herejía o la corrupción de costumbres (avaricia, lujuria), vistos como signos de futuras catástrofes y también como catástrofes en sí mismas. Así, en la segunda mitad del siglo X, el obispo Arnulfo de Orleáns consideraba que los cismas provocados por la rebelión de las iglesias hacían pensar en que gobernaba el anticristo. Para los polemistas del siglo XII, los herejes eran las vulpejas que arrasaban la viña del Señor y la herejía era un inmenso cáncer que corroía las fuerzas de la Iglesia.

En 1209 —tal y como lo reflejó luego Giotto en los frescos de la basílica de Asís— Inocencio III sueña con el catastrófico resquebrajamiento de San Juan de Letrán (símbolo de la unidad de la Iglesia) minado por las múltiples taras morales de la cristiandad europea.

Estos discursos, repetidos hasta la saciedad, se pronunciaban también en otra dirección: desde la disidencia religiosa y contra la Iglesia institucional motejada de *Ecclesia carnalis*. Las denuncias son similares: la lamentable situación de la comunidad cristiana. Los responsables podían ser distintos, pero no los remedios propuestos por uno y por otro bando entre los que se encontraba la aniquilación pura y simple del enemigo.

Se trataba de superar una catástrofe metafísica (simbolizada por la herejía, el peligro islámico o judío, el cisma, la corrupción, el relajamiento moral de la jerarquía, etcétera...) atizando una catástrofe física que destruyera a un rival cargado de todos los rasgos demoníacos. Así, desde el lado de la ortodoxia, la literatura más primariamente anticátara (por ejemplo la de Pedro des Vaux-de-Cernay) hablará con la mayor naturalidad de las matanzas provocadas por los cruzados en el Midi. Del otro lado —en los artículos husitas radicales del Tabor de 1420, por ejemplo—, se abogará por una *extirpación de todo el mal de este mundo* que afectase prácticamente a toda la población y en especial a la jerarquía eclesiástica gobernante.

La regeneración mística de la humanidad o —según los autores—la vuelta a una primitiva edad de oro cobraba un alto precio. Más aún si la cruel retórica de los textos se pretendía convertir en realidad.


Soldados de un ejército cristiano del siglo X (Biblioteca Morgan, Nueva York)

Hambres y guerras

Pilar Azcárate Aguilar-Amat
Historiadora. Departamento de Historia Medieval de la Universidad Complutense

ESTUDIAR la demografía de una época tan alejada en el tiempo como es la Edad Media entraña para el historiador notables dificultades, sobre todo cuando se trata de obtener datos de carácter cuantitativo. Estos no abundan, todo lo contrario, en las fuentes. Y cuando los hay son fragmentarios, referidos a espacios geográficos muy limitados y, desde luego, escasamente fiables. Cabe sólo ofrecer por tanto aproximaciones o estimaciones numéricas, y cabe ante todo hablar con seguridad de tendencias constatadas. Tendencias que en este tema de la demografía habrían sido, dicho muy sumariamente, como sigue: una fase de evidente contracción durante toda la Alta Edad Media; otra de fortísimo crecimiento, hasta el punto de haber originado en algunas regiones europeas fenómenos de *superpoblación,* entre los siglos XI y XIII; por fin, una tercera etapa de profunda regresión coincidiendo con la época bajomedieval.

En la configuración de tales tendencias incidieron factores múltiples, unos estrictamente demográficos y otros no. Pero las grandes catástrofes, particularmente hambres y epidemias, habrían tenido un peso considerable, de primer orden incluso, en la hecatombe demográfica por excelencia: la de mediados de la decimocuarta centuria.

Detengamos por un momento la atención en este interesante fenómeno. Después de más de dos siglos de expansión continuada, hacia 1340 la población europea se había multiplicado, como mínimo, por dos. No hay acuerdo entre los diferentes especialistas en la materia sobre los efectivos concretos, que para M. K. Bennet serían de aproximadamente 86 millones. Pues bien, en 1350, sólo un decenio después, y según cifras de este mismo autor, quedarían unos 51 millones. Es decir, las hambres de la primera mitad de la centuria y, sobre todo, la fatídica peste negra de 1348 habrían hecho desaparecer como poco a 25 millones de europeos, haciendo retornar los efectivos demográficos a los niveles existentes en torno al año mil, antes de que se iniciara el gran despegue. Y, por otra parte, la recuperación iba a tardar siglos en producirse: en los casos más madrugadores sucedería a finales del siglo XVI, pero en muchos lugares habremos de esperar hasta la época contemporánea para ver cómo se llegaba a las cifras

de población existentes en vísperas de la gran fractura de mediados del siglo XIV.

El occidente medieval, universo del hambre

A la luz de todos estos datos se comprende mejor, se justifican incluso plenamente, la sensación de angustia y el sentimiento de fragilidad de la existencia que primó en las conciencias colectivas a lo largo del Medievo. ¿Podría haber sido de otro modo si, aún teniendo en cuenta las siempre elevadísimas tasas de mortalidad infantil, cálculos generalmente admitidos arrojan una esperanza media de vida para el hombre medieval de treinta y cinco años en los períodos más boyantes, y de un máximo de veinte para las generaciones de los tiempos más difíciles? Expectativas, pues, más que modestas que encierran una fragilidad biológica endémica motivada por limitaciones estructurales, pero también agravada por circunstancias de orden más coyuntural; y entre ellas, los azotes de los que nos vamos a ocupar a continuación.

La sociedad medieval vivió fuertemente amenazada por el hambre. Se ha dicho (M. Mollat) que más incluso por el temor al hambre que por el hambre misma. De acuerdo en lo asiduo de tal amenaza y de los sentimientos de angustia por ella provocados. Ahora bien, no sólo se trató de temores, sino de realidades, tristes y en exceso frecuentes.

Así lo demuestran un sinfín de textos coetáneos donde, de forma casi siempre lastimera y dramática, se alude a estos episodios de hambre colectiva. Testimonios, algunos, espeluznantes, como el recogido por Beda el Venerable cuando relata que después de tres años de sequía... *una miseria espantosa esparcióse entre el pueblo y lo destruyó... Dícese que, a menudo, cuarenta o cincuenta personas, extenuadas por el hambre, encaminábanse juntas hacia un precipicio o hacia el mar y se arrojaban todas juntas al mismo tiempo, cogidas de la mano.*



Mendigo solicita limosna a las puertas de una ciudad medieval (Biblioteca del Arsenal, París) (arriba). *Perro callejero lamiendo a un niño apestado (detalle de* El triunfo de la muerte, *de Brueghel el Viejo, Museo del Prado, Madrid)*

LA PESTE NEGRA EN EUROPA OCCIDENTAL Y CENTRAL

(*Según Elisabeth Carpentier*)

Valencia NORMANDIA — ciudades / regiones — afectadas por la peste

Milán (rayado) — ciudades / regiones — parcial o totalmente libres de la peste

Nota: Las curvas no delimitan zonas precisas, tan sólo señalan la evolución de la epidemia de seis en seis meses.

En definitiva, hambres de efectos más o menos devastadores y afectando a territorios más o menos extensos, pero hasta tal punto frecuentes que se nos antoja del todo apropiada la definición, dada hace unos años por J. le Goff, del occidente medieval como universo del hambre; del hambre y —añadiríamos por nuestra parte—, de todo tipo de calamidades y catástrofes.

Causas del hambre: de las limitaciones estructurales a los caprichos de la naturaleza

El desencadenamiento de una crisis de hambre tenía casi invariablemente su punto de partida en una cosecha cerealística deficitaria que, caso de repetirse durante dos o tres años, desembocaba en una crisis frumentaria de mayor alcance. Se seguía de aquí una brusca elevación de los precios y, con la carestía, aparecía necesariamente el hambre. Nada extraño ni sorprendente, pues, en el proceso; sobre todo si tenemos en cuenta que el pan constituía el elemento principal de la dieta. Lo verdaderamente chocante es la frecuencia con la que los mecanismos descritos se activaron, así como las dramáticas secuelas que dejaron tras de sí. En otras palabras, lo característico de la Edad Media en general, y de sus dos últimos siglos en particular, es lo endémico del hambre, convertida en una realidad más que familiar para los contemporáneos.

Que así ocurriera es achacable, en primer lugar, a causas de tipo estructural: limitaciones técnicas, y también fragilidad de una organización social que frena el crecimiento, haciendo del occidente europeo un mundo al borde del límite o, en expresión del propio Le Goff, *un mundo en equilibrio marginal.*

Pues bien, a la cabeza de estas debilidades inherentes al propio sistema se encuentra, qué duda cabe, el eterno problema de la baja productividad agraria. Los rendimientos oscilaron considerablemente en función de los lugares y las épocas. Pero cabe establecer unas pautas indicativas que, para el caso del trigo, serían las siguientes: hasta mediados del siglo IX, rendimientos de algo menos de dos por uno; desde entonces y hasta el segundo tercio del XIII —años dorados de la agricultura medieval europea—se habrían obtenido rendimientos de hasta cuatro por uno, para decrecer finalmente, hasta en un 50 por 100, durante la gran crisis de la primera mitad del siglo XIV. Productividad, en suma, siempre baja, pero que llegó a caer por los suelos debido a razones múltiples en las cuales no procede profundizar ahora y que, en un rápido esbozo, irían desde deficiencias técnicas (abonado, utillaje, sistemas de cultivo) que impidieron resolver satisfactoriamente el conflicto entre presión demográfica y disponibilidad de espacios cultivables, dando origen a un rápido agotamiento de los suelos e impidiendo la práctica de una agricultura de tipo intensivo, hasta fallos imputables al sistema de organización política: ausencia de unidad administrativa, multiplicidad de barreras aduaneras, deficiencias del sistema de comunicaciones, inexistencia de cualquier atisbo de medidas de previsión, etcétera. Ocurre, en suma, que ante la eventualidad de una catástrofe —en este caso, el hambre— los poderes públicos se muestran absolutamente inoperantes y ni siquiera son capaces de desplegar lo que hoy llamaríamos una política de primeros auxilios que pudiera contribuir a paliar la situación de las víctimas.

Además, al lado de estas razones, existen circunstancias puramente coyunturales que tuvieron ¡cómo no! una incidencia definitiva en la aparición del hambre. Se trata de las inclemencias y adversidades meteorológicas, con frecuencia responsables —entonces y hoy— de la destrucción de las cosechas.

Dentro de este mismo orden de cosas se ha llegado a proponer un cierto paralelismo, o incluso una estrecha relación, entre avances-retrocesos del hambre por un lado y las oscilaciones del clima a lo largo del Medievo. Algunos estudiosos defienden un enfriamiento brusco y generalizado desde principios del siglo XIV, con la sucesión de inviernos largos de extremada crudeza y veranos anormalmente cálidos y húmedos. Circunstancias todas desfavorables en grado sumo para la agricultura que, en definitiva, habrían estado en la base —si no como causa determinante, al menos como factor coadyuvante— de las grandes catástrofes ocurridas en el bajo Medievo.

Otros autores han arremetido, sin embargo, contra tales argumentos. Así, una de las grandes autoridades en la historia del clima, Le Roy Ladurie, llegaba en su ya célebre *Historia du climat depuis l'an Mil* a conclusiones bien diferentes. Conclusiones que, desde luego, echarían por tierra la supuesta relación catástrofes-oscilaciones climáticas, por cuanto sostiene que fue a partir del siglo XI cuando dio comienzo un progresivo enfriamiento del clima que, tras alcanzar su cénit en el transcurso del XIII, puede darse por definitivamente clausurado



Médico concluye la visita a un apestado (del Vanquete de Nobles Caballeros, *por Luis Lobera, siglo* XV*)*

hacia 1300 o, lo más tardar, 1350. Comienza entonces una nueva fase más cálida y seca que se acompaña de la normalización del régimen tanto de temperaturas como de lluvias.

En definitiva, la historia del clima, ciencia todavía muy joven, está en buena medida por hacer, y hoy por hoy carecen de respuesta las interrogantes arriba planteadas. Ahora bien, al margen de estas grandes oscilaciones climáticas, hay toda una serie de anomalías meteorológicas y fenómenos atmosféricos que, vía destrucción de cosechas, acaban casi siempre conduciendo a carestías y hambrunas.

Basta echar una ojeada a la documentación de la época, por rápida y superficial que sea, para corroborar tal impresión. Aquí y allá se responsabiliza de las dificultades alimenticias a siniestros como una prolongada sequía, unas torrenciales e inoportunas lluvias, calores excesivos o fríos rigurosos, tormentas y tempestades de viento, pedriscos y, en definitiva, todos aquellos caprichos de la naturaleza que se encierran bajo expresiones genéricas como un *fuerte tiempo*, los *aviesos tiempos pasados* o la *fortuna del tiempo*. Los ejemplos a este respecto podrían multiplicarse hasta el infinito y de ellos —de algunos, claro está— se dará cuenta más adelante, al trazar el cuadro de las grandes hambrunas medievales. Ahora, por cuanto nos hemos referido ya a las causas de hambre, toca hablar de sus siempre terribles efectos.

El hambre y sus secuelas

Como ya sabemos, las inclemencias meteorológicas se configuraron como primeros eslabones de una especie de trágica cadena en la cual seguían todo tipo de conmociones y desórdenes que, estrechamente ligados entre sí, hasta el punto de hacer difícil la distinción entre causas y efectos, afectaban profundamente a las estructuras sociales y económicas, traduciéndose en los casos más graves en profundos quebrantos demográficos.

Dentro de esta suerte de gran círculo vicioso, la consecuencia primera de una cosecha deficitaria era indefectiblemente un brusco aumento de precios, especialmente agrícolas. Circunstancia ésta que, por cierto, trataron vanamente de evitar los poderes públicos procediendo a la fijación de precios y salarios, como ocurrió sobre todo con ocasión del estallido de la gran crisis del siglo XIV (*Ordenamientos* de las Cortes castellano-leonesas de 1351 y 1359, *Estatuto de los Trabajadores* ingleses, también de 1351, etcétera).

Una vez desatada la carestía, comienza una auténtica batalla por la supervivencia, más ardua —evidentemente— cuantos menos recursos se poseen. Está, por un lado, el problema de la satisfacción de las necesidades mínimas, la lucha contra la muerte, que forzará a muchos a consumir productos de baja calidad, en mal estado de conservación e, incluso, no aptos para el consumo humano. Pero está además otro problema añadido, cual es la imposibilidad para buena parte del campesinado —el no acomodado— de reservar el grano necesario para la próxima siembra o proveerse de él. De esta forma el fantasma del hambre, lejos de desaparecer, continúa al acecho como una amenaza cada vez más tangible.

Resultado de todo ello, en estos casos de crisis de hambre graves y recurrentes, es la generación de un estado de subalimentación cuasi-crónico, de debilidad fisiológica tan acentuada que, o bien conduce directamente a la muerte, o bien a la contracción de enfermedades provocadas por carencias alimentarias —en cabeza, la tuberculosis—, o favorece simplemente la propagación de cualquier otro tipo de dolencias, al quedar los organismos con las defensas disminuidas y sin capacidad biológica de resistencia. Es, ni más ni menos, lo que iba a ocurrir en 1348 con la tristemente célebre epidemia de peste negra, una epidemia cuyos estragos y cuya terrible capacidad mortífera tienen mucho que ver con el hecho de haberse ensañado sobre una población —la europea— diezmada o, al menos, fisiológicamente muy debilitada por la sucesión de casi cincuenta años de crisis frumentarias y hambres ininterrumpidas. Baste un solo ejemplo como botón de muestra, referido en este caso al reino de Navarra, donde recientes estudios de M. Berthe revelan que regiones enteras habían perdido más del 20 por 100 de sus efectivos demográficos con ocasión del hambre desatada en 1347, la más grave de cuantas se sucedieron —y fueron muchas— durante los dos siglos finales del Medievo.

Pérdidas de población que, aquí como en todas partes, se deben sobre todo a muertes, aunque también en menor medida a otro fenómeno que constituye una consecuencia más del hambre, la miseria y, en general, las dificultades: el éxodo rural. Porque, acuciados por una situación-límite, los campesinos huirán en busca de mejores perspectivas de vida; a veces, con intención de regresar, otras, de forma ya definitiva. De ahí la desaparición, especialmente en la Baja Edad Media —la época crítica por excelencia—, de un número considerable de núcleos de poblamiento rural, hasta el 50 o 60 por 100 en la zona del centro de Alemania. De ahí también la acentuación de la presión fiscal o señorial sobre el campesinado que ha logrado sobrevivir, aunque endeudado y arruinado, a todas las calamidades que se le han echado encima. Y de ahí, por último, la exacerbación de las pasiones, el recurso a la violencia por unos y por otros y, en definitiva, la agudización de las tensiones en las relaciones sociales.

Algunos de los disturbios registrados en los campos y ciudades europeos durante los siglos XIV y XV tuvieron, en efecto, como fuente directa de inspiración el hambre y la miseria. Así, entre otros muchos, los de Provins (1316) y Douai (1322), la sublevación del Flandes marítimo entre 1323 y 1328, o las convulsiones de que fue testigo la ciudad de Barcelona en 1334. Y por otra parte, una de las insurrecciones más violentas protagonizadas por el campesinado medieval, la *Jacquerie* francesa de 1358, ha sido calificada por algún autor como *una revuelta contra las secuelas de la crisis frumentaria de principios de siglo* (G. Fourquin).

La serie de grandes hambrunas

En conclusión, hambres y carestías estuvieron en la base de un largo rosario de desdichas y calamidades que, en solitario y más aún si se conjugaban con catástrofes de otra índole, pusieron al hombre medieval al límite de la subsistencia, cuando no le condujeron directamente a la muerte. No puede extrañar, en fin, que aquéllas se convirtieran en una auténtica obsesión, sobre todo si pensamos en la frecuencia con que se manifestaron.

Reconstruir la historia del hambre o, mejor dicho, de las hambres de la Edad Media es tarea más que difícil. Primero, por la escasez de fuentes, mayor cuanto más nos alejamos en el tiempo; y empresa ardua también, en evidente relación con ello, por el corto número de trabajos consagrados a un tema a priori tan atractivo cual es el del hambre.

Para los siglos medievales disponemos, en efecto, de noticias no sólo parcas, sino, además, imprecisas. Originadas como siempre a partir de infortunios meteorológicos, y agravadas en virtud de unos bajísimos rendimientos agrícolas, las crisis frumentarias parecen haber sido moneda más que corriente. El hambre se cernió con frecuencia sobre una Europa a la sazón estancada desde el punto de

Grupo de mendigos medievales (detalle de la pintura Triunfo de la muerte, *por Andrea de Cione, Museo de la Santa Cruz, Florencia)*

Detalle de El triunfo de la muerte *(por Brueghel* el Viejo, *siglo* XVI, *Museo del Prado, Madrid)*

vista económico. Y así lo demuestran las referencias que a algunos de estos episodios se contienen en los testimonios coetáneos y, particularmente, en los de carácter narrativo.

Por nuestra parte, nos conformaremos ahora con una, por fuerza, breve alusión a tres de estas grandes hambrunas. La primera se refiere al Imperio carolingio y a una serie de leyes dictadas desde el poder —años 780 y 867— con objeto de combatir situaciones de hambre colectiva, al parecer bastante extendidas. Disposiciones que iban desde la distribución de alimentos entre los afectados hasta la fijación de precios agrícolas, pasando por una taxativa prohibición de exportar ciertos productos, especialmente granos.

El segundo ejemplo nos resulta bastante más cercano. Con el telón de fondo de una pertinaz y prolongada sequía, el valle del Duero iba a sufrir duramente el azote del hambre. Tan duramente, que se produjo un proceso despoblador de grandes proporciones, si no la desertización total de dicha cuenca. El largo y vivo debate suscitado al respecto entre los medievalistas no está todavía resuelto, pero el fenómeno tuvo, desde luego, una inusitada fuerza, provocando en consecuencia el rápido desmoronamiento de las estructuras políticas, eclesiásticas, urbanas y de todo tipo existentes en la zona.

Terminamos ya esta parte de la exposición, la concerniente a la época altomedieval, refiriéndonos a una nueva forma de desastre de la naturaleza no aludida hasta ahora: las plagas de insectos, en este caso langostas, documentadas para el solar hispánico al final de la dominación visigoda y, otra vez, en el año 873; fecha esta última en la cual se iban a ver igualmente afectadas extensas regiones de Centroeuropa.

De todos es conocido cómo los siglos plenomedievales constituyeron una etapa de esplendor en muchos sentidos: desarrollo urbano, auge de la vida mercantil, expansión —según algunos, revolución— agraria, fuerte impulso demográfico, colonización de nuevos territorios y, en suma, apogeo de la civilización medieval. Sin embargo, todo ello no fue óbice para que la plaga del hambre continuara haciendo estragos.

En el transcurso de la decimoprimera centuria las hubo muy extendidas y graves en el bienio 1005-1006, los años de 1032 a 1034 y el quinquenio de 1090 a 1095.

Para el siglo XII cabe trazar un cuadro en el cual aparecerían como años más difíciles y países más afectados los siguientes: 1122-1126 (Portugal, Francia, Alemania, Flandes); 1142-1145, cuando inclemencias tales como exceso de lluvias o la sucesión de veranos anormalmente fríos, ventosos y húmedos hicieron cundir el hambre en toda Europa Occidental (Países Bajos, Francia, Inglaterra, Cataluña...); 1160-1166 (de nuevo hambrunas en Francia, la Península Ibérica, Flandes y, en esta ocasión, Alemania); y por fin, después de veinte años de relativa calma, desde 1186 a 1197 se va a desarrollar otro período calamitoso, con un punto especialmente crítico en el año 1190. Año en cuyo transcurso muchas regiones europeas vieron sus campos y ciudades anegadas, así como arrasadas sus cosechas, debido a la sucesión de frecuentes e intempestivas tormentas.

Respecto al siglo XIII se ha hablado con insistencia del retroceso, un fuerte retroceso, del hambre. Entendámonos: no es que aquélla haya desaparecido, ni mucho menos, del horizonte europeo. Véase a continuación la lista de los países donde tenemos constancia de hambres y carestías graves; mejor dicho, la relación de algunos de estos países, pues no están obviamente todos: Castilla, y especialmente la Transierra y Extremadura, en 1212-1213, inmediatamente después de la celebérrima batalla de las Navas de Tolosa; Polonia y Francia de 1221 a 1223, en el primer caso como consecuencia de unas fuertes lluvias que arrasaron las cosechas, y en el segundo por razón de unas también rigurosísimas heladas. Nuevos asaltos en Francia, pero ya con una incidencia puramente local: 1234-1235 en el suroeste, 1253 a 1257 en Normandía, 1239 y 1278 en la región parisina. Entre 1260 y 1280 determinadas regiones centroeuropeas se vieron de igual modo sacudidas por el hambre (Moravia y Austria en 1263, Iliria y Carintia en 1277, Checoslovaquia tres años después); y también las principales ciudades italianas entre 1255 y 1268.

Ahora bien, se trata de hambrunas no generalizadas, sino circunscritas a espacios limitados; y se trata sobre todo de trances pronta y fácilmente superados debido a su carácter no recurrente. Para Europa en su conjunto el siglo XIII fue, también desde este particular punto de vista, una centuria privilegiada. Todo lo contrario de lo que iba a suceder al doblar el año 1300, cuando comience a manifestarse en toda su crudeza la gran crisis bajomedieval.

Una crisis profunda de estructuras, pero sin duda fuertemente condicionada y agravada por circunstancias de signo catastrófico y carácter coyuntural.

Así, como uno de los principales factores desencadenantes del posterior caos y preludio —se ha dicho— de las demás grandes catástrofes, estaría la sucesión en la primera mitad del siglo XIV de repetidos años de malas cosechas que provocaron la crisis frumentaria más grave del Medievo. A su grupa caminará, como siempre, el fantasma del hambre, hambres que se adueñaron del espacio europeo, donde serán ya una plaga endémica hasta el siglo XVIII.

En los países mediterráneos las dificultades —léase cosechas deficitarias y alza de precios— parecen haberse arrastrado desde nada más comenzada la centuria. Así, leemos, por ejemplo, en la *Crónica de Fernando IV,* con relación al hambre que padeció el reino castellanoleonés en 1301, este dramático testimonio: *...e los omes morianse por las plazas e por las calles de fambre... e nunca vio ombre tan gran fambre ni tan grand mortandad.* Sin embargo, las adversidades iban a reproducirse muy pronto —en los años 1311, 1325 y de 1331 a 1333— según M. Mollat como prefiguración de lo que sería la gran hambre europea de los años 1315 a 1317.

Este tremendo azote tuvo por escenario, principalmente, a los estados occidentales y centroeuropeos, desde Flandes, Inglaterra, Francia, los territorios escandinavos y Alemania, hasta Rusia. Una pluviosidad excesiva, particularmente intensa durante los períodos estivales, se encargaría de ir deteriorando año tras año las cosechas y provocar caídas en los rendimientos de hasta un 50 por 100, como ocurrió, en opinión de J. Titow, en las tierras del obispado de Winchester. La hecatombe fue desde luego total, y la muerte hizo cuantiosos estragos: la ciudad de Brujas vio desaparecer en 1316 —los cálculos son de H. Van Wervecke— a cerca del 10 por 100 de su población; y en la cercana Yprés murieron, en sólo seis meses, más de 2.500 personas, cuando en vísperas de la catástrofe la habitaban unas 20.000.

A partir de este momento todos y cada uno de los países del occidente europeo van a ser asiduamente visitados por el hambre, hasta el final del Medievo y, de forma muy particular, hasta el último cuarto del siglo XIV.

La cronología de tales hambrunas, así como su virulencia, varía en función de los ámbitos geográficos de que se trate. Pero hubo al parecer algunos brotes de alcance prácticamente generalizado. Así sucede con el de los años 1346-1347 y el del trienio 1373-1375. El primero está documentado para Inglaterra, Castilla y León, Francia, Italia, Navarra y otros países europeos. Es decir, se cernió sobre casi todo el occidente, causando importantes estragos no sólo por la propia intensidad del hambre, sino también por haber dejado el terreno trágicamente abonado para que la inmediata epidemia de peste negra se ensañara sobre una población subalimentada, enferma y sin defensas.

Al lado de estos asaltos de carácter más o menos generalizado, hubo otros muchos localizados en los diferentes países europeos. He aquí, sin ánimo de exhaustividad, algunos ejemplos. Inglaterra conoció cosechas desastrosas y, de resultas, períodos de penuria alimenticia en 1310, 1315-1316, 1339, 1343, 1346, 1349-1350. Francia otro tanto desde 1333 hasta 1347, en 1351, 1361 y 1368. En Navarra aparece el hambre en los años 1300, 1309, 1311-1318, 1330, 1333-1336, 1346-1347, 1360-1362, 1367-1368. Y para terminar, en Castilla fueron años difíciles, entre otros, 1301, 1311, 1325, 1331-1334, 1343 a 1346...

Como puede verse, cabe hablar de años sencillamente caóticos, desde el punto de vista del hambre, para los transcurridos desde 1300 hasta, aproximadamente, 1376. Después seguirá habiendo nuevos asaltos, y no con poca frecuencia, como testimonian las fuentes de la época. Desde principios del siglo XV, por ejemplo, una sucesión de veranos largos y tormentosos dañará por doquier las cosechas, que serán particularmente pobres en los años 1401-1402, 1408, 1416, 1426 y 1438. Para la Corona de Castilla hay también documentadas hambres o carestías importantes en 1412-1414, 1434 a 1438 y 1465 a 1473. Pero, aun siendo así, el panorama de conjunto ha mejorado sensiblemente respecto a la centuria anterior. Algo ha cambiado. Es que las dificultades aparecen de forma más espaciada; y es, sobre todo, que se superan con rapidez y facilidad. En definitiva, el occidente europeo está empezando a salir de la crisis, y estos síntomas de superación de la misma se encuentran por todas partes en las últimas décadas de la centuria.

La guerra como factor de desestabilización

La guerra, y quizá más propiamente la violencia, fueron realidades cotidianas con las cuales hubo de acostumbrarse a convivir el hombre a lo largo del Medievo. Tal afirmación es válida con carácter general, pero resulta todavía más apropiada referida a determinados

ámbitos geográficos o cronológicos. Por ejemplo, la Península Ibérica y sus casi 800 años de enfrentamiento —ya abierto, ya solapado— entre los diferentes reinos cristianos y los musulmanes andalusíes. Y también cabe señalar como ejemplo prototípico, en este caso de una época que ha sido testigo de la generalización de la guerra, a la Baja Edad Media. Triste récord, pues, el de los siglos XIV y XV en cuanto a abundancia de conflictos armados, desde la guerra de los Cien Años hasta la de las Dos Rosas, pasando por las guerras civiles castellana, portuguesa o catalana, entre otras muchas que podrían traerse a colación. Y triste récord además el de la época bajomedieval en cuanto a la capacidad devastadora de estos enfrentamientos, que se hacen cada vez más sangrientos, involucrando a ejércitos más numerosos y profesionalizados. En suma, un bajo Medievo o, si queremos concretar más, una decimocuarta centuria a la cual cabe aplicar la expresión, quizá ya un tanto tópica a fuer de repetida, pero no por ello menos acertada, de *siglo de la guerra*. Aunque, a decir verdad, todos los siglos medievales lo fueron.

En efecto, si repasamos la historia de los hechos militares registrados, desde episodios de envergadura como la referida guerra anglo-francesa o las sucesivas invasiones (germánicas primero, las llamadas *segundas migraciones* de normandos, magiares, sarracenos y eslavos en los siglos IX y X, y, por supuesto, la irrupción de los musulmanes en la Península Ibérica), desde estos grandes acontecimientos a las simples escaramuzas que casi siempre fueron los hechos de armas, el Medievo se nos aparece también como universo de esta otra plaga que es la guerra.

Guerras y violencia que en definitiva no habrían sido sino *el símbolo de una época y de un sistema social* (M. Bloch), el mismo sistema —la feudalidad— que forjó una peculiar visión de la sociedad en tres *órdenes* o *estamentos* definidos por las diferentes funciones desempeñadas por sus respectivos miembros: los que rezan *—oratores—,* los que luchan —bellatores— y la mayoría que trabaja *—laboratores—*. Aquí, en la existencia de un orden conformado específicamente por quienes tienen como principal dedicación las armas, dicho con otras palabras, la aristocracia feudal, tenemos la mejor prueba de la importancia del fenómeno de la guerra a lo largo de los siglos medievales.

Esta minoría, privilegiada desde el punto de vista socio-económico y rectora de la vida política, acapara los puestos de mando en el ejército, por cuanto que las estructuras militares son una mera trasposición de las sociales. La guerra, para la nobleza feudal, tenía varios significados y de muy diverso orden. En primer término es un deber, claro está, pero es sobre todo, mucho más que cualquier otra cosa, *una razón de vivir* (M. Bloch). Proporciona, por un lado, ocasiones para el lucimiento personal —la figura del héroe es aquí de obligado recuerdo—. Ofrece asimismo la oportunidad de granjearse la fama y de poner en práctica los ideales caballerescos propios de la época y de esta clase. Pero, antes que todo, la guerra fue para los nobles un expediente económico, por cuanto les permitió obtener pingües beneficios, desde prebendas otorgadas por los príncipes para premiar acciones heroicas y lealtades hasta, muy particularmente, los ingresos obtenidos mediante el rescate de prisioneros o bien por la vía de saqueo y del botín, prácticas no sólo generalizadas, sino parece que más o menos aceptadas en la época. Así, la guerra de los Cien Años, el conflicto por excelencia del Medievo si atendemos a su duración, envergadura y carácter internacional —terminaría comprometiendo a buena parte de los países occidentales—, ha sido contemplado por diversos autores como una salida, conscientemente buscada por la casta feudal (las noblezas inglesa y francesa en este caso) para compensar a través del botín los estragos que la crisis estaba provocando en sus niveles de renta.

La jugada no les saldría a la postre tal y como la habían planeado. Pero, sea como fuere, el caso es que ese tipo de planteamientos, vigentes durante toda la Edad Media, condujeron necesariamente a una presencia endémica de la guerra y la violencia. Usos que la Iglesia trató desde antiguo de combatir, aunque sin éxito, merced a la promoción de toda una serie de costumbres e iniciativas que aspiraban a la pacificación de las relaciones sociales. Entre ellas sobresalen las *de Paz y Tregua de Dios,* instituciones que, además de colocar bajo especial protección tanto los lugares sagrados cuanto ciertos objetos y personas, limitaban el ejercicio de la violencia a determinados días al año, todo ello so pena de excomunión y de otras sanciones canónicas.

Tales esfuerzos iban a resultar, en definitiva, baldíos. La guerra —tampoco cabía esperar otra cosa— fue una auténtica pesadilla desde el principio al fin del Medievo. Guerras que nos ofrecen, desde luego, una tipología variopinta sea cual sea el punto de vista que

Hospital medieval (miniatura del siglo xv)



Mendigos medievales según el retablo de San Antonio (Museo de Arte de Cataluña)

queramos considerar. Las hubo importantes por su envergadura, aunque la mayoría no pasaron de ser, sobre todo hasta llegar a los siglos bajomedievales, pequeños choques armados, desórdenes de vecindad e incluso meros episodios de bandolerismo. Diversidad asimismo en cuanto a sus protagonistas y promotores (guerras civiles, invasiones, guerras feudales, guerras *nacionales*). Y diferencias, por fin, respecto a los móviles y razones últimas de tales contiendas: desde los políticos, económicos o religioso-ideológicos (las Cruzadas) hasta guerras motivadas por el deseo de ambición o venganza, guerras rituales y de aventuras y un largo etcétera; pero sin olvidarnos de la conflictividad social y de todos aquellos disturbios vinculados a situaciones de crisis que, aunque no sean guerras en sentido estricto, pueden alcanzar altísimas cotas de violencia y generar convulsiones tan sangrientas como las desatadas al final de la Edad Media contra la población judía.

No es extraño, pues, que el hombre medieval haya vivido obsesionado y aterrorizado ante el hecho de la guerra, máxime cuando las prácticas bélicas al uso entrañaban un absoluto desprecio de la vida y el sufrimiento humanos; de los del enemigo, se entiende, hacia el cual no existe el más mínimo gesto de compasión. Gran impacto de la guerra, por tanto, en el plano de las emociones, pero ¿cuáles fueron sus estragos materiales?

A este respecto, conviene hacer una clara distinción entre cuestiones de orden demográfico y socioeconómico. Desde el punto de vista de la demografía, si pensamos en muertes y bajas, la incidencia de la guerra ha sido mínima o, por lo menos, muy secundaria. La realidad poco tiene que ver con la impresión que se podría obtener de una primera lectura de las fuentes medievales donde, seguramente por el terror que inspiran los acontecimientos bélicos, aparecen infladas hasta la exageración las cifras tanto de víctimas como de combatientes. Sin embargo, estimaciones bastante fiables, en los casos en que se han podido realizar, arrojarían unos saldos mucho más modestos, incluso por lo que respecta a cifras de invasores: 12.000 ostrogodos, 80.000 visigodos, no más de 40.000 musulmanes de primera hora, en la Península Ibérica...

Cabe, en definitiva, asegurar que durante toda la época feudal los episodios bélicos más sangrientos, las batallas de más renombre, habrían estado protagonizados por sólo unos miles de combatientes, causando a lo sumo algunos cientos de bajas. Después, los ejércitos aumentaron considerablemente de tamaño, se profesionalizaron y diversificaron. Pensemos, por ejemplo, que en 1340 Felipe VI de Francia llegó a movilizar para su enfrentamiento con el monarca inglés a unos 100.000 individuos. Pero se trata de cifras excepcionales y pocas veces alcanzadas. Lo normal fueron los contingentes reducidos; circunstancia que, unida a la precariedad de las técnicas militares y del armamento —la artillería sólo se empleará en Europa en el siglo XIV—, limitó considerablemente los efectos catastróficos de las guerras medievales.

Así, su capacidad mortífera no puede ni siquiera compararse a la de hambres y pestes. Ofrezcamos sólo un par de datos: en el bienio 1346-1347, testigo de una intensa actividad militar en Francia (sitio de Aiguillon, cabalgada de Eduardo III desde Normandía hasta Calais, batalla de Crécy, sitio de Calais) desaparecen, a lo sumo, 100.000 franceses. Pues bien, pocos meses después, la peste negra mató —son todas cifras de Ph. Contamine— a cerca del 20 por 100 de la población, esto es, más de dos millones de individuos.

No es, pues, en el terreno demográfico donde han de buscarse las heridas de unas guerras —las medievales— que, como en su día escribió R. Sabatino López, *causaban mayores estragos por la miseria que engendraban, que por los combates mismos.* Miseria, fundamentalmente en el orden económico y entre la población civil, por dos razones principales. Por un lado, la total permisividad de la época para con unas prácticas tan inhumanas como el saqueo y el pillaje, sistemáticamente empleadas por los ejércitos en armas. Y en segundo lugar, miseria por la sangría económica que supone la financiación de las empresas bélicas, máxime cuando éstas no conocen solución de continuidad y se hacen cada vez más costosas, es decir, en los siglos XIV y XV.

Como antes decíamos, toda guerra o hecho de armas fue indefectiblemente acompañado de acciones de pillaje y saqueo que iban desde robos de ganado y animales de labor a destrucción de cosechas, casas y aperos de labranza, incendio de campos y ciudades y cuantos atropellos quepa imaginar, por salvajes que hoy nos parezcan. Muchas actuaciones de este tipo se han hecho tristemente célebres por su especial virulencia o por el impacto que causaron entre los contemporáneos. Autores como San Jerónimo, Hidacio o San Ambrosio describieron con patetismo las masacres y saqueos perpetrados por los in-

vasores germánicos en los siglos IV y V. Pasaron también a la historia episodios como la *cruzada popular*, promovida en 1096 por un grupo de visionarios e integrada por miles de desarrapados que sembraron el pánico en los lugares por donde pasaron. Hay por otra parte casos célebres de masacres indiscriminadas, como la matanza de Beziers, en plena cruzada antialbigense. Y recordemos por último a las bandas incontroladas de mercenarios que campan a sus anchas en Italia —*los condota*— o en Francia *(routiers* y *compañías* que estragaron el territorio en plena guerra de los Cien Años, pasando luego a la Península Ibérica).

Estragos, en suma, que fueron moneda corriente porque derivan de la propia concepción medieval de la guerra como ocasión para toda suerte de tropelías.

Otro tema diferente, pero también problemático es el de la financiación de las empresas bélicas. Estas exigen evidentemente ciertos gastos, de poca monta al principio aunque progresivamente más elevados, conforme vamos superando la etapa de las guerras feudales y llegamos al período bajomedieval. Los cambios operados, no sólo en la estructura de los ejércitos, sino también en la técnica militar (efectivos cada vez más numerosos, recurso a tropas mercenarias, difusión de la artillería, sofisticación del armamento), encarecen notablemente los costes de la guerra. Y nos referimos no sólo a las expediciones de carácter ofensivo, sino también a la defensa, que a fin de cuentas no es sino otra vertiente de la guerra, más costosa cuanta mayor envergadura cobran los conflictos armados; magnos conflictos de una época en la cual se produce la quiebra total de las relaciones internacionales. Durante el bajo Medievo todas las monarquías europeas, más unas que otras, necesitarán ingentes sumas de dinero para aquellos menesteres. Al no ser en absoluto suficientes sus recursos ordinarios, hubieron de recurrir con inusitada frecuencia a la imposición de tributos extraordinarios. Dicho con otras palabras, durante los siglos XIV y XV asistimos en todos los países occidentales a un espectacular incremento de la presión fiscal, que provocará necesariamente, al coincidir con momentos de crisis y dificultades económicas, un gran descontento entre los súbditos; a veces, incluso, rebeliones puntuales frente a tal o cual contribución.

Así, de esta y otras muchas maneras, la guerra tiende a acentuar los problemas derivados de la crisis porque, como muchas veces se ha puesto de manifiesto, sustrae brazos al trabajo y tierras a la agricultura, frena la producción, haciendo disminuir también el consumo y, en definitiva, es causa de múltiples perturbaciones sociales y económicas. La causa, sí, pero por otra parte es también —la guerra y en general la violencia— producto de esos mismos desbarajustes, al constituirse en una salida o, si se prefiere, una válvula de escape frente a las dificultades.



Visita médica a un apestado (de Fascicul Medicinae te Antewerpen, 1522)

De ahí lo complejo de un fenómeno como éste de la guerra, erigido durante todo el Medievo en un endémico factor de desestabilización política, social y económica. Aunque tampoco conviene cargar demasiado las tintas. A nievel local, los efectos de las guerras han podido ser, han sido de hecho con excesiva frecuencia, desastrosos. Pero nunca tuvieron una incidencia determinante en la evolución económica o demográfica del occidente europeo en su conjunto. Como dijo L. Genicot, y con esta cita terminamos, *La guerra ha matado mucho menos que la peste.*

Enfermedades y pestes

Ana Arranz Guzmán
Historiadora. Departamento de Historia Medieval de la Universidad Complutense

DURANTE todo el Medievo, los periódicos azotes de hambre, las guerras y la falta de higiene, generaron un espléndido caldo de cultivo para desarrollar toda clase de pandemias. El trazado de las ciudades y las pésimas condiciones de las viviendas favorecían igualmente su difusión. Contra este panorama poco podían hacer los médicos con sus precarios conocimientos y, mucho menos, los hechiceros con sus pócimas, conjuros, amuletos y talismanes.

Las fuentes cronísticas y literarias nos ofrecen irregulares descripciones de las enfermedades y epidemias padecidas en aquellos siglos, que van desde la mera mención del nombre con el cual se las conocía a riquísimas explicaciones de sus síntomas y efectos, como la que hiciera Boccaccio de la peste negra en su *Decamerón.* También es digno de mención el tratamiento de los males a personas, probablemente hoy diagnosticados de esquizofrénicos o epilépticos, cuyos dramáticos signos externos les convertían en *endemoniados* o *posesos* ante los ojos de un pueblo, en exceso inclinado a conjugar el más allá con su realidad cotidiana.

Es imposible calibrar el porcentaje de niños que nacían muertos y el de fallecimientos de madres por fiebres puerperales, pero no es difícil de imaginar que uno y otro fuesen elevados; las carencias alimenticias, la suciedad y los resabios de comadres, constituyeron, sin duda, fuertes adversarios. Todavía, en algunos pueblos, las viejas recuerdan el número de veces que la muerte pasa sobre el lecho de las parturientas. Pero, por encima de todo, hubo dos acontecimientos que marcaron profundamente la fisonomía y la conducta de la sociedad: la difusión de la lepra a partir del siglo XII y las sucesivas epidemias de peste a lo largo de la segunda mitad del siglo XIV. Ante ellas, los hombres del Medievo poco podían hacer; sin embargo, no dudarían en echar mano de todas aquellas recomendaciones médicas o hechiceriles presentadas como remedios eficaces.

Si las infecciones producían muertes en el postparto, las guerras y los largos sitios militares provocaban enfermedades como la loanda, especie de escorbuto, generada por la falta de frutas y verduras frescas, o el paludismo, fiebre que hizo grandes estragos, por ejemplo, entre aquellos cruzados que marcharon a Oriente en busca de ríos de leche y de miel.

El mal de ojo, el mal de piedra, el mal de pecho, la tiña, la sarna, son otras de las enfermedades padecidas y mencionadas por los hombres de aquellas centurias. Más características, sin embargo, fueron el *sudor anglicus,* cuyos síntomas eran: fiebre elevada, temblores y dolor en las extremidades, y que se cobraría numerosas víctimas en Inglaterra a fines de la Edad Media; o el *tabardillo,* tifus exantemático ocasionado por el piojo de la ropa, cuya denominación se debe a la coincidencia de que casi todas las personas que lo padecían usaban el tabardo (prenda de abrigo hecha de buriel o paño tosco, que solían vestir los campesinos y soldados para protegerse del frío), en cuyas sucias costuras anidaban los piojos. Mención especial merece el *Fuego de San Antón,* una erisipela maligna que ocasionó importantes pérdidas entre los siglos X y XV, manifestándose por una gangrena que precisa la amputación y provoca, muchas veces, la muerte.

No obstante, la enfermedad por antonomasia del Medievo, a la que se consideraba incurable y muy contagiosa, fue, sin lugar a dudas, la lepra. Su gravedad y la especial repugnancia que producía, hizo ser a este mal de resonancia bíblica el más temido de todos. El bacilo de la lepra *(mycobacterium leprae)* fue descubierto en el siglo pasado por el noruego Hansen, aunque aún hoy se sigue ignorando el mecanismo de transmisión. Se trata de una enfermedad infecciosa, caracterizada por lesiones de la piel, nervios y vísceras con anestesias locales y ulceraciones. La identificación del microbio de la lepra no ha sido suficiente para que se pudiera hallar un remedio definitivo; uno de los productos más utilizados para combatirla, el aceite de chaulmogra, ya existía en el Medievo.

El conocimiento de su corrosivo proceso desde la Antigüedad, su carácter endémico de varios países, y su inevitable desenlace, unido a la extensión que tuvo la enfermedad en toda Europa a raíz de las primeras cruzadas, condicionaría el cruel trato dado a los leprosos o gafos —como también se les denominaba—, a quienes se les confinaba e, incluso, se les llegaba a declarar legalmente muertos. Las imágenes de un Cristo que amaba a Lázaro no lograron paliar, en un principio, la brutalidad de que fueron objeto estos enfermos, fruto, sin duda, del pavor al contagio. Era tal la aversión



Alegoría del desastre de la peste, por Brueghel el Viejo, *siglo XVI (Museo del Prado, Madrid)*

que producía un leproso, que sólo la ferocidad de las bestias podía compararse con la actitud inhumana de las gentes, quienes, cuando se cruzaban en su camino, les acosaban con largos palos y horcas de trilla, mientras vociferaban el sambenito de apestado entre maldiciones y pedradas.

El temor y el modo riguroso con que se procedía a la segregación de los infectados no deja, sin embargo, de ser comprensible; pensemos, por ejemplo, que hubo un tiempo en Francia en el que se registraron 20.000 casos, lo que suponía la existencia de un leproso por cada 200 habitantes. Probablemente fue más el miedo que la piedad lo que determinó la adopción de una serie de medidas para *proteger* a los leprosos del acoso despiadado que sufrían. Unas medidas que iban desde la obligación humillante de llevar colgado del cuello una esquila de bronce para que su badajo invitara a dejar libre el camino a su paso, hasta la fundación de leproserías.

La propagación de la lepra entre los siglos XII y XIV multiplicó la construcción de leproserías, quizá, por iniciativa de las temerosas comunidades de habitantes. Aunque la de San Lázaro de París, creada en el año 1124, es la de mayor renombre, fueron muchas otras las que salpicaron el territorio europeo. Se construían a las afueras de las ciudades o pueblos, a unos 200 o 300 metros de distancia del núcleo urbano y toda persona que conocía un caso de lepra estaba obligada a señalarlo. Los infectados debían llevar un traje especial, guantes y tejuelas.

Existieron leproserías grandes y pequeñas. A veces, cuando la comunidad interesada en crear una era reducida, se asociaba con otras parroquias. Una pequeña leprosería podía constar de un edificio con un dormitorio, un comedor y una cocina, sin más. Por el contrario, en las cercanías de las grandes aglomeraciones, su tamaño era mucho mayor, llegando a poseer en torno suyo vastos dominios de bosque y tierras para el uso de los enfermos. Las condiciones de vida variaban en función de cada establecimiento. En el noroeste de España, por ejemplo, cada leproso disfrutaba de una habitación, una cocina, un pozo y un jardín. Por lo general, los requisitos para la admisión de los enfermos eran muy estrictos, a causa de la necesidad de limitar su número para no incrementar los gastos en exceso. Las plazas se reservaban a los habitantes del lugar en que se encontraba la construcción o de las cercanías. Así, a fines del siglo XIV, en París se prohibió el ingreso a los leprosos no nacidos ni domiciliados en la capital; poco después, se requeriría también el origen parisiense de sus progenitores.

Una vez aceptado en la leprosería, el enfermo, bajo pena de expulsión, debía aceptar las

reglas del establecimiento: podían mantener su mobiliario y trabajar la tierra asignada, pero les estaba vedado traspasar los límites de la leprosería y la cohabitación con personas sanas. Tampoco se les permitía contraer matrimonio, salvo con otros enfermos.

Tanto el concilio de Letrán de 1179 como Alejandro III legislaron sobre algunas cuestiones de carácter religioso y eclesiástico concernientes a este grupo de marginados: en el concilio se acordó, por ejemplo, la posibilidad de construir una capilla en el interior de las leproserías; por su parte, el Papa, aunque no contempló la lepra como motivo de divorcio, sí lo hizo como causa de separación de los bienes con carácter eventual, cuando uno de los cónyuges experimentaba auténtica repugnancia por su pareja.

Después de este breve repaso a las medidas adoptadas por diferentes comunidades e instituciones, no parece caber duda de que éstas estuvieron más guiadas por el horror y el miedo al contagio que por la caridad cristiana o por un deseo de mejorar la de por sí ya penosa vida de los leprosos. Al margen de los casos de piedad individual, lo que realmente sobresalía y repercutía en los afectados eran las duras prohibiciones que se les hacía y, sobre todo, los inhumanos simulacros realizados por algunas comunidades, con el único fin de dejar claro que el leproso pertenecía al mundo de los muertos y no al de los vivos. La conservación de ciertos textos, como el que se les leía en la diócesis de Bayeux, especialmente detallado, nos permite conocer la sombría realidad a la que la lepra condenaba: al leproso se le prohibía entrar en las iglesias, hogares, molinos, mercados; tampoco podían asistir a las asambleas del pueblo, ni lavar sus manos o sus útiles en las fuentes y ríos públicos; no se les permitía andar sin sus ropas de leproso ni sin sus tejuelas; ni tocar, a no ser con un bastón, cualquier cosa que deseara comprar; ni charlar con los caminantes, ni responderles, sino a una distancia prudencial; ni rozar, sin guantes, los objetos religiosos; ni acariciar a los niños, ni obsequiarles con presente alguno; ni comer o beber en compañía, sino de leprosos.

La peste y sus repercusiones

De los aproximadamente 86 millones de habitantes que poblaban Europa en el año 1340 a los 51 que había en 1350, existe una diferencia demasiado elevada como para pensar que tan espectacular descenso sólo se debió a una única causa. No obstante, aunque es cierto que los hombres de aquella época padecieron los efectos de las crisis fructuarias, las hambres y las guerras, en esta década, en especial, tuvieron que enfrentarse al más devastador de los enemigos imaginables: la peste negra de 1348.

Desde mediados del siglo VI, no se había sufrido otra gran epidemia de peste. Pero en 1347, importada de Asia Central, ésta llegaría a Occidente a través de los puertos del Mediterráneo, propagándose en oleadas, con una duración media de seis meses en cada localidad, desde 1348 a 1352. Pero, a pesar de su virulencia, sus efectos no habrían sido tan catastróficos desde el punto de vista demográfico, si no la hubieran seguido las epidemias de 1360, 1369 y 1380. Las cifras presentadas por Russell sobre las pérdidas humanas en Inglaterra son lo suficientemente ilustrativas. Según este autor, en la primera epidemia pereció el 25 por 100 de la población inglesa, el 27,7 por 100 en la segunda, el 13,1 por 100 en la tercera, y el 12,7 por 100 en la cuarta.

Los diferentes efectos demográficos de la peste han suscitado interesantes cuestiones: epidemias, como la de 1360, afectaron más a unos grupos de la población que a otros, en este caso concretamente a la juventud; hubo zonas que escaparon al contagio y otras en las que se propagó con mayor fuerza; a pesar de que a todos podía alcanzar —pensemos, por ejemplo, en el rey castellano Alfonso XI—, parece ser que los pobres sufrieron más en sus envites, puesto que no contaban con las mismas posibilidades de huida que los ricos.

La peste, enfermedad infectocontagiosa, se presenta bajo tres formas: la bubónica, con la aparición de bubones dolorosos en las ingles, axilas o cuello; la pulmonar, acompañada de fiebre alta y de esputos sanguinolientos; y la septicémica, de carácter irreversible. La mortalidad que produce es elevadísima, oscilando entre el 40 y 100 por 100. Las armas utilizadas para combatirla durante el Medievo, bien provinieran de los médicos, bien de los hechiceros, resultaban ineficaces casi siempre. El entender la salud como la mezcla proporcionada de los cuatro humores (sangre, cólera, melancolía y flema), y el pensar que el humor más responsable de este mal era la sangre, llevó a los médicos a considerar la sangría como el remedio más efectivo. Por lo que se refiere a las prevenciones, éstas fueron de lo más variado y, en ocasiones, fruto de la pura superstición: huir lejos del lugar, quemar maderas olorosas y llevar ropas perfumadas para corregir la corrupción

del aire, portar talismanes, ingerir pócimas mágicas...

Al margen de las ya mencionadas repercusiones demográficas, las epidemias de peste conllevaron otras de índole variada: económicas, sociales, culturales y religiosas. Sin duda, fueron ellas las que más contribuyeron en la alteración de las condiciones en que se desarrollaba el conjunto de las relaciones económicas y sociales. Las crónicas de aquellos años nos hablan de la existencia de *wüstungen* en Alemania, de *villages desertes* en Francia, y de despoblados en Castilla; con otras palabras, de la importante regresión padecida por el espacio europeo dedicado a los cultivos, y de un auténtico movimiento despoblador.

Aunque en las muertes ocasionadas por la peste no puede verse el punto de partida de la profunda crisis del orden feudal, ya que venía de atrás y en su origen habían confluido varios factores, sin duda, aquéllas aceleraron el ritmo de su decadencia. La relajación de ciertos usos y prestaciones, y la escasez de mano de obra, favorecieron a un campesinado cada vez más exigente en lo referente a sus salarios. Las quejas de los señores, y los cada vez más elevados salarios de los miembros del tercer estado, llevarían a los poderes públicos a adoptar una serie de medidas. Así, por la ordenanza promulgada en 1349 por Eduardo III de Inglaterra, se congelaban los precios y salarios y, al mismo tiempo, se capacitaba a los nobles a exigir del campesinado las prestaciones que necesitaran. También con el propósito de acabar con los *presçios desaguisados,* de contener la inflación y de regular el régimen laboral, en las Cortes de Valladolid de 1351 Pedro I dictaría numerosos ordenamientos de precios y de salarios.



Interpretación de la muerte en una xilografía del siglo XV

La peste negra repercutió, asimismo, en la caída de las rentas señoriales, y en los estallidos de odio contra los judíos, a quienes se les acusó de envenenar las aguas y el aire con polvos provocadores de la epidemia. Pero fueron más llamativos los efectos que tuvo sobre la conciencia de la población, así como su proyección en las artes y en la religiosidad popular. Las sucesivas oleadas de la peste agudizaron la crisis de la conciencia moral, al acentuar

el miedo a la muerte. ¿Qué actitud debían adoptar los supervivientes? Sólo existían dos caminos: vivir intensamente olvidando todo tipo de problemas y temores o prepararse para el bien morir y ganar la vida eterna. La respuesta de los hombres, como era de esperar, no resultó idéntica. Unos protagonizaron el desencadenamiento de un vitalismo explosivo; otros, por el contrario, se recogieron en la meditación y la ascesis. Unos prefirieron decorar sus casas con escenas corteses; otros, hicieron que se difundieran las danzas macabras. Y de unos y de otros nacieron excesos y desviaciones, frutos del clima de angustia padecido durante el siglo XIV. Un claro exponente lo constituyeron los flagelantes, quienes, entre los años 1349-1400, recorrieron Europa esperando calmar con sus azotes la sed de venganza que atribuían al Señor.

La defensa frente a la enfermedad

Con Galeno (129-199 d. C.) finalizó el período de investigación de la Antigüedad, iniciándose otro caracterizado por una progresiva decadencia del pensamiento científico. El esfuerzo realizado por los padres de la Iglesia para mantener encendida la antorcha de la ciencia no habría de ser suficiente, ya que ellos mismos rechazarían todo aquello que entrara en colisión con el pensamiento cristiano. Es la época de San Cosme, San Damián y San Sebastián, tan invocados contra la peste que asoló Roma en el año 683. Una época que iba a durar, aproximadamente, hasta el siglo XII, en la que los restos de la enseñanza y ciencias clásicas tan sólo sobrevivirían en los centros monásticos.

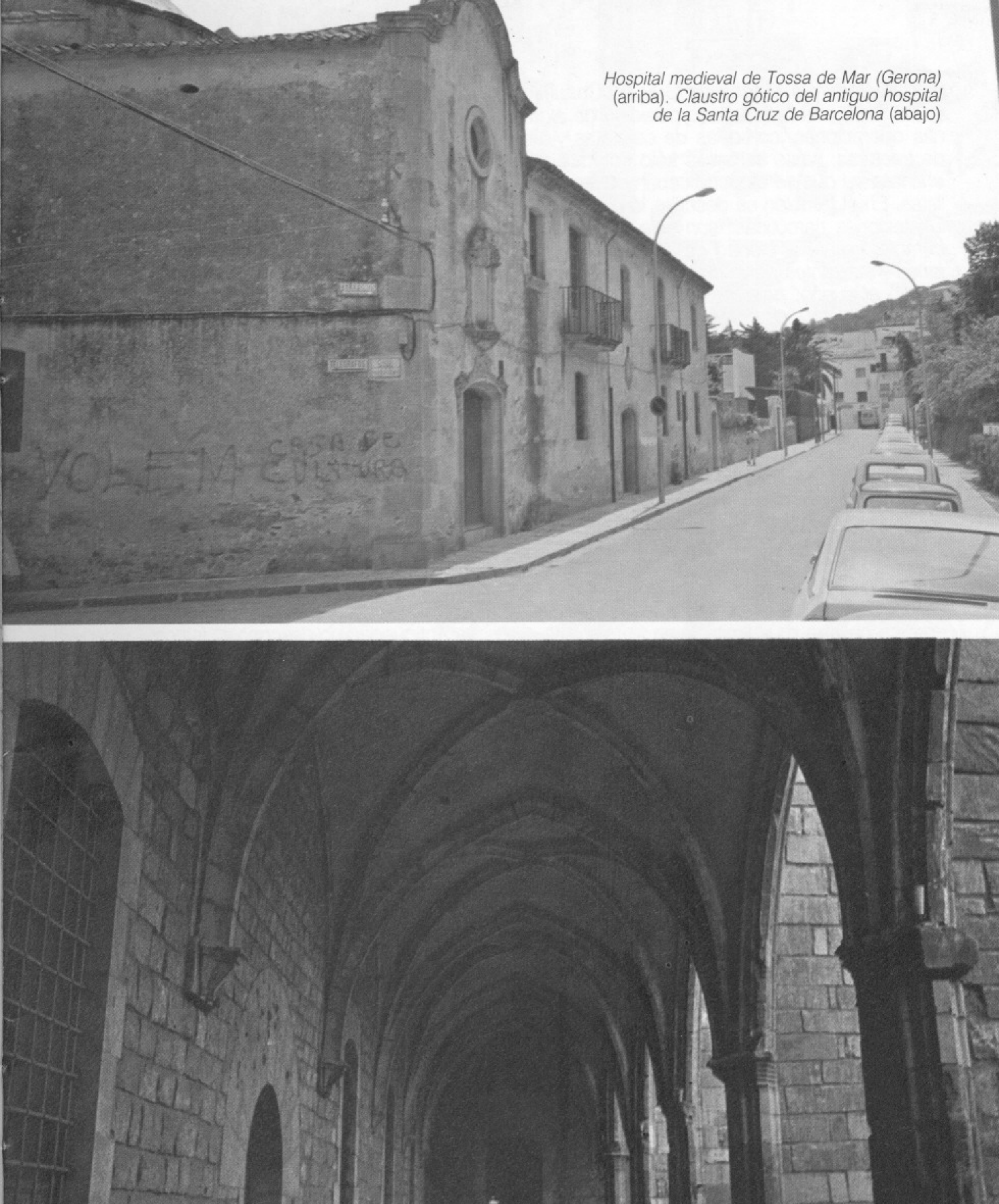
A eclesiásticos como San Isidoro de Sevilla se les debió la conservación de conocimientos médicos de los tiempos paganos; una de las partes de sus *Etimologías* es prueba de ello. Pero lo cierto es que a la medicina monástica no le interesaba otra cosa más que la inmediata curación del paciente, por lo que decayeron todos los saberes teóricos y desaparecieron la anatomía y la fisiología. La medicina quedó envuelta entonces en lo sagrado. Las prácticas supersticiosas se multiplicaron; las fórmulas médicas se mezclaron con otras de encantamientos; la botánica, durante varios siglos, no fue otra cosa que una mera lista de drogas.

Esto no quiere decir, sin embargo, que el *ordo clerical*, en su conjunto, diera la espalda a la ciencia, todo lo contrario. En el siglo X, por ejemplo, los monjes franceses hablaban con admiración de los médicos de Salerno *desprovistos de cultura literaria pero provistos de una gran experiencia y talento natural.* Y es significativo que en el siglo XI aunque el abad Desiderio, futuro papa Víctor III, hablara de las operaciones milagrosas de San Benito, no dudara en ir a buscar los cuidados médicos a Salerno cuando él mismo enfermó. Así, pensamos que el progresivo alejamiento monástico de la ciencia práctica se debió a que, en la centuria siguiente, la medicina del alma fuera declarada incompatible con la del cuerpo, prohibiéndose a los eclesiásticos hacerse médicos profesionales. Entre las causas aducidas se subrayó el que los hombres dedicados a la Iglesia no debían obtener dinero por sus servicios, ni ensuciarse las manos con sangre. Pero también hubo un motivo no declarado: se tenía la idea de que, en muchos casos, la enfermedad era un castigo divino contra el cual sólo eran útiles el arrepentimiento y la oración. Una idea que no tardaría en ser aceptada por el conjunto de la población, como lo demuestra el contenido de alguna de las *Cantigas* de Alfonso X.

No obstante, las traducciones de estudios científicos llevadas a cabo en la Península Ibérica a lo largo de la invasión musulmana, el nacimiento y florecimiento de escuelas y universidades en Europa y, sobre todo, la especial preocupación por la medicina de alguna de ellas, influirían decisivamente en el despertar y en la consolidación de esta ciencia.

Desde el siglo IX hasta el XIII, fue Salerno el centro científico por excelencia. A ella pertenecieron médicos y teóricos tan importantes para el resurgimiento de la medicina como Cariopento y Petrocelo; y en ella se redactaron obras que adquirirían gran difusión como el *Tratado de Ginecología* de Trotula, el *Manual de Cirugía* de Roger, o el *Regimen Sanitatis Salernitanum.* Al establecer Federico II, en el año 1240, que todos los aspirantes a médicos en Sicilia debían cursar tres años de lógica, cinco de medicina, y uno de prácticas junto a un médico ya diplomado, dejó bien claro la necesidad de compaginar el estudio con la práctica.

A partir del siglo XIII, la universidades de Montpellier, Padua y, sobre todo, Bolonia, comenzarían a brillar por sus investigaciones médicas y, en concreto, por el progresivo valor dado a las disecciones. Bolonia contó en seguida con una escuela quirúrgica, siendo el más relevante de sus cirujanos Guillermo de Salicato, quien, en sus escritos, hacía recomendaciones, por ejemplo, sobre cómo debían ser los vendajes empleados tras las trepanaciones, los inconvenientes de los cauterizadores, o los mejores emplastos. Entre los puntos positivos



Hospital medieval de Tossa de Mar (Gerona) (arriba). *Claustro gótico del antiguo hospital de la Santa Cruz de Barcelona* (abajo)

del *De Chirurgía Magna* de Guy de Chauliac (1298-1368), se halla la incorporación de algunas operaciones, como las de cataratas y las de fracturas, hasta entonces sólo tratadas por *charlatanes* que se autocalificaban de especialistas. En él también se describe la práctica de inhalaciones narcóticas: *con este miembro incurable, imitaré la piedad de los antiguos cirujanos , que antes de demostrar su arte provocaban el sueño, para después cortar la parte afecta.*

Se escribieron igualmente obras de divulgación, tal es el caso de *Tesoro de los pobres* redactada por Petrus Hispanus, en las que descripciones correctas iban acompañadas de otras repletas de *falsedades*, fruto, sin duda, de la incomprensión o del desconocimiento. Respecto al carácter general de la medicina interna medieval, hemos de subrayar su inferioridad en relación con el de la cirugía: la fisiología en uso siguió siendo la de Galeno, pero con las inexactitudes ocasionadas por los comentaristas árabes; la patología, hábil en cuanto a la descripción de los síntomas de las enfermedades, se hallaba muy limitada en lo referente a sus causas y remedios; se estuvo obsesionado por la teoría de los cuatro humores; en farmacología sólo se usaron las hierbas. Por otra parte, la escasez de conocimientos biológicos y la falta de higiene condicionaron el modesto avance en el tratamiento de enfermedades contagiosas, ante las que sólo se podía recurrir a medicinas como el aislamiento.

Los médicos, tanto cristianos como árabes o judíos, tenían sus *competidores*, los astrólogos. En una miniatura se representa a Guillermo II en su lecho de muerte junto a un médico y a un astrólogo que sostiene en su mano un astrolabio. Pero estos personajes ¿eran realmente rivales de los médicos? La presencia de astrólogos no debe interpretarse como consecuencia de la superstición; muy al contrario, parece ser que colaboraban con los médicos, sugiriéndoles el momento propicio en el que actuar sobre el paciente y administrarle los remedios de la medicina que consideraban oportunos.

Lo que sí estaba ligado a la superstición y a los excesos religiosos fue todo un conjunto de creencias, incluso de disposiciones conciliares, como la que prohibía a los médicos visitar más de tres veces a un enfermo que no hubiera confesado durante aquella enfermedad. El que se creyera, por ejemplo, en la imposibilidad de sanar, a través de los conocimientos médicos, a todo hombre o mujer que hubiese obrado en alguna ocasión contra Dios o la Iglesia, era producto de la especial religiosidad de la época. De ahí que se llamara a monjes considerados santos para que acudiesen a la cabecera de un enfermo crónico; o la proliferación de santuarios que atraían a los pacientes llenos de esperanza. La taumaturgia estaba en pleno auge. El escrofulismo, o *mal real*, según se denominaba entonces, sólo podía ser curado por el contacto de los reyes o de sus vestiduras.

Del mismo modo se hallaban muy extendidos los remedios de comadres, las fórmulas y pócimas mágicas, que circulaban de boca en boca y de mano en mano, y los talismanes. Sin embargo, se ha demostrado ya que, aunque todos ellos fruto de la ignorancia y de la superstición, no carecían de cierto valor psicosomático. Además ¿qué campesino o pobre podía permitirse el lujo de acudir a un médico? En cualquier caso, la Edad Media vio caminar, unas veces de forma paralela y otras de manera conjunta, probablemente, por la situación que provocaba la combinación de atavismos mentales con la escasez de recursos, la superstición y la milagrería con el débil avance médico.

La Antigüedad no desconoció la hospitalidad individual, pero parece ser que sí ignoró el carácter general y gratuito de los centros de asistencia. Desde los comienzos de la Edad Media la invocación de santos protectores y sanadores de determinadas enfermedades fue corriente; San Roque, San Damián, San Sebastián, fueron algunos de los más famosos. En seguida, las órdenes religiosas proporcionaron su ayuda que, aunque limitada, sería la única existente durante mucho tiempo. Pero cada vez se hacía más imprescindible, como respuesta a las necesidades colectivas, la organización racional y amplia de centros para cuidar a los enfermos; de ahí la proliferación de hospitales a partir del siglo XII.

Mentalidades religiosas y hospitales

Se han barajado varios motivos a la hora de intentar explicar el nacimiento y auge de los centros hospitalarios medievales en Europa. Muchos historiadores han visto como principal impulsor de estas fundaciones el profundo sentimiento cristiano del momento. Sin duda éste actuó como uno de los factores más influyentes, de ahí que, en primer lugar, la beneficencia se preocupara más por la exaltación de la caridad fraternal y el cuidado de las almas que por el mejoramiento material de las vidas humanas que acudían a los hospitales; y, en segundo, el que tantos monarcas, nobles y prelados mandaran construir y dotar con bienes di-



Laboratorio de un alquimista (grabado de H. Cok, según pintura de Brueghel el Viejo)

ferentes establecimientos, bien por agradecimiento a Dios tras victoriosas batallas, bien por la salvación de sus almas.

Sin embargo, hubo también otras causas, y no menos notables, de las que la expansión demográfica y el florecimiento de la burguesía resultarían ser sus principales motores. La mayor parte de los autores medievales tendían a considerar al pobre y al enfermo en función del rico y del sano: aquéllos habían sido creados para la salvación de éstos. En 1304, el dominico Giordano da Rivalto, por ejemplo, entendía la pobreza como un mal necesario, una doble ocasión de salvación, para el pobre por su paciencia, y para el rico por la limosna. Esta idea se mantendría vigente hasta el final del Medievo.

Pero, tras los cambios sociales y económicos, y con ellos el empuje de la burguesía, los integrantes de este nuevo grupo social comprendieron la necesidad de equipararse en sus formas externas a los poderosos del sistema feudal, si querían ocupar un lugar relevante en su sociedad. Nada más alejado de su mente que el desear romper el viejo orden; su meta, por el contrario, era el ser aceptados en él. Las limosnas y la creación de hospitales a expensas de sus bolsillos fueron algunas de las medidas adoptadas para conseguirlo. No obstante, todo parece indicar que los *nuevos ricos* tendieron más a emplear su dinero en obras pías que repercutían directamente en el bienestar de la comunidad, es decir, en la construcción de hospitales, que en otras de exclusivo carácter religioso. Productos de la mentalidad burguesa y de sus donaciones, fue la creación en el año 1200 de un gran hospital en Gante por parte de la familia Uten Hove, y el que Arrás, en el siglo XIV, contara con 23 hospitales, leproserías y asilos para indigentes, con una capacidad en torno a las mil personas.

Respecto a las características de los hospitales medievales, hemos de decir que éstas variaban, sobre todo, en función de su espacio: había hospitales con 2 ó 3 camas y otros con 30 ó 40. Por lo general se edificaban a las puertas de las ciudades, sirviendo así también de alojamiento a viajeros, peregrinos y pobres, lo

que produjo no pocos problemas de abusos, según podemos apreciar por algunas disposiciones testamentarias conservadas. Así, por ejemplo, en la de Elvira González se dice a los encargados del hospital de Santa María la Real de Burgos, que no recojan a bellacos, pícaros, vagabundos y prostitutas.

Los hospitales contaban con ciertos derechos nada desdeñables: estaban exentos del pago de diezmos; tenían derecho de asilo; y sus bienes eran inalienables porque defendían el derecho de los pobres. Sabemos igualmente que en ellos se recogía a todo tipo de enfermos, salvo a los leprosos, cojos, mancos y ciegos, a quienes no se les consideraba verdaderos enfermos por el carácter incurable de su dolencia. Existían además algunos especializados, como el de San Antolín de Palencia o la *Maison des Bonnes Filles,* ambos destinados a los niños. Las normas de aceptación en los hospitales variaban según la comarca o reino; en Inglaterra se impedía la entrada en ellos a peregrinos.

Las condiciones reales de los hospitales debieron distar mucho de las idealizadas ilustraciones medievales que hoy conservamos. Por lo general, antes del siglo XIV, todos carecían de médicos y de cirujanos estables. El elevado porcentaje de muertes acaecidas en estos establecimientos nos indica la escasa eficacia de los mismos. En su capilla figuraban un capellán, un mayordomo, un boticario, los visitadores y, con el tiempo, un médico y un cirujano, lo que nos demuestra hasta dónde la atención espiritual se hallaba mejor provista que la puramente científica. No obstante, sus regidores y promotores siempre se preocuparon por mantener un cierto nivel higiénico y alimenticio, que hoy, desde luego, parecería insuficiente: el enfermo era lavado al menos una vez a fondo el día de su llegada, y todas las semanas se le lavaban los pies, aunque hemos de subrayar que esta ceremonia tenía valor más religioso que higiénico. Respecto a la nutrición de los pacientes, se especificaba que debía ser abundante. Se recomendaban igualmente las infusiones, los jarabes y almíbares, y el vino, en concreto, para las parturientas.

En definitiva, podemos decir que en los últimos siglos medievales se produjo una auténtica secularización de la sociedad como respuesta al conjunto de factores y circunstancias surgidos entonces: el deseo de mayor eficacia hospitalaria ante el temor ocasionado por las sucesivas oleadas de peste en el siglo XIV, y al carácter contagioso de algunas enfermedades; el esplendor de la burguesía y su interés por actuar de acuerdo con los cánones establecidos por los grupos poderosos del orden feudal; y, muy especialmente, la singular espiritualidad que bullía entre las gentes de aquellas centurias finales, y que favorecería no sólo la creación de hospitales sino también la de otras instituciones, tales como las cofradías o las arcas de misericordia.

Un sirviente da una medicina preparada por el médico (grabado del códice Vindobenensis)

Bibliografía

Daniel Le Blevec, *L' An Mil,* P. U. F., col. Que sais-je? París, 1976. Delno C. West y Sandra Zimdars-Swart, *Joaquín de Fiore. Una visión espiritual de la historia,* F. C. E., México, 1986. Claude Carozzi y Huguette Taviani-Carozzi, (con prefacio de Georges Duby), *La fin des Temps. Terreurs et Propheties au Moyen Age,* Stock, París, 1982. Norman Cohn, *En pos del Milenio. Revolucionarios milenaristas y anarquistas místicos de la Edad Media,* Barral Editores, Barcelona, 1972. J. le Goff, *La civilización del Occidente Medieval,* Ed. Juventud, Madrid, 1969. R. S. Gottfried, *The Black Death,* Papermac, Londres, 1986. A. Carreras, E. Mitre y J. Valdeon, «La Peste Negra». En *Cuadernos Historia-16,* núm. 17. Ph. Contamine, *La Guerra en la Edad Media,* Col. Nueva Clío, La Historia y sus problemas, Ed. Labor, Barcelona, 1983. G. Bouthoul, *La Guerra,* col. ¿Qué sé?, Oikos-Tau, Barcelona, 1971. M. Mollat, *Les pauvres au Moyen Age. Etude sociale,* Hachette, París, 1978. Jean-Louis Goglin, *Les miserables dans l'Occident Medieval.* Editions du Seuil, París, 1976. J. C. Rusell, «La población en Europa del año 500 al 1500», en *Historia económica de Europa. La Edad Media,* págs. 25 a 78. Ed. C. M. Cipolla, Ariel Historia, Barcelona, 1981. L. Musset, *Las invasiones. Las oleadas germánicas,* col. Nueva Clío; La Historia y sus problemas, Ed. Labor, Barcelona, 1973. Y *Las invasiones. El segundo asalto contra la Europa cristiana,* col. Nueva Clío, La Historia y sus problemas, Ed. Labor, Barcelona, 1968. J. le Goff y J. Ch. Sournia (Ed.), *Les maladies ont une histoire,* L'Histoire/Seuil, 1985.


ata lumbrices interficit et foras eos expellit. legis eam estiuo tempore.
peonia.



Mujer moribunda (detalle del cuadro El triunfo de la muerte, *de Brueghel el Viejo, Museo del Prado, Madrid)*

Catástrofes medievales

Textos

CUADERNOS historia 16

Los días previos al del Juicio Final

EL del onzeno día, si saberlo queredes
será tan bravo signo que son espanteredes;
abrirse han de las fuessas que cerradas veedes
istrán fuera los huessos de entre las paredes.
Non será el dozeno que lo ose catar,
ca verán por el zielo grandes flamas volar;
verán a las estrellas caer de su logar
como caen las fojas quand caen del figar.
Del trezeno fablemos, los otros terminados;
morrán todos los omnes, menudos e granados,
mas a poco de término serán resucitados
por venir al Judicio justos e condenados.
El dia quarto decimo será fiera varata,
ardrá todo el mundo, el oro e la plata,
balanquines e púrpuras, xamit e escarlata;
non fincará conejo en cueva nin en mata.
El dia postremero, como diz el proheta,
el angel pregonero sonará la corneta;
oirla han los muertos, quisque en su capseta,
correrán al Judicio quisque con su maleta.

(GONZALO DE BERCEO, «Signos que aparecerán antes del Juicio Final». Ed. de A. M. RAMONEDA.)

Las calamidades de España ante la irrupción musulmana

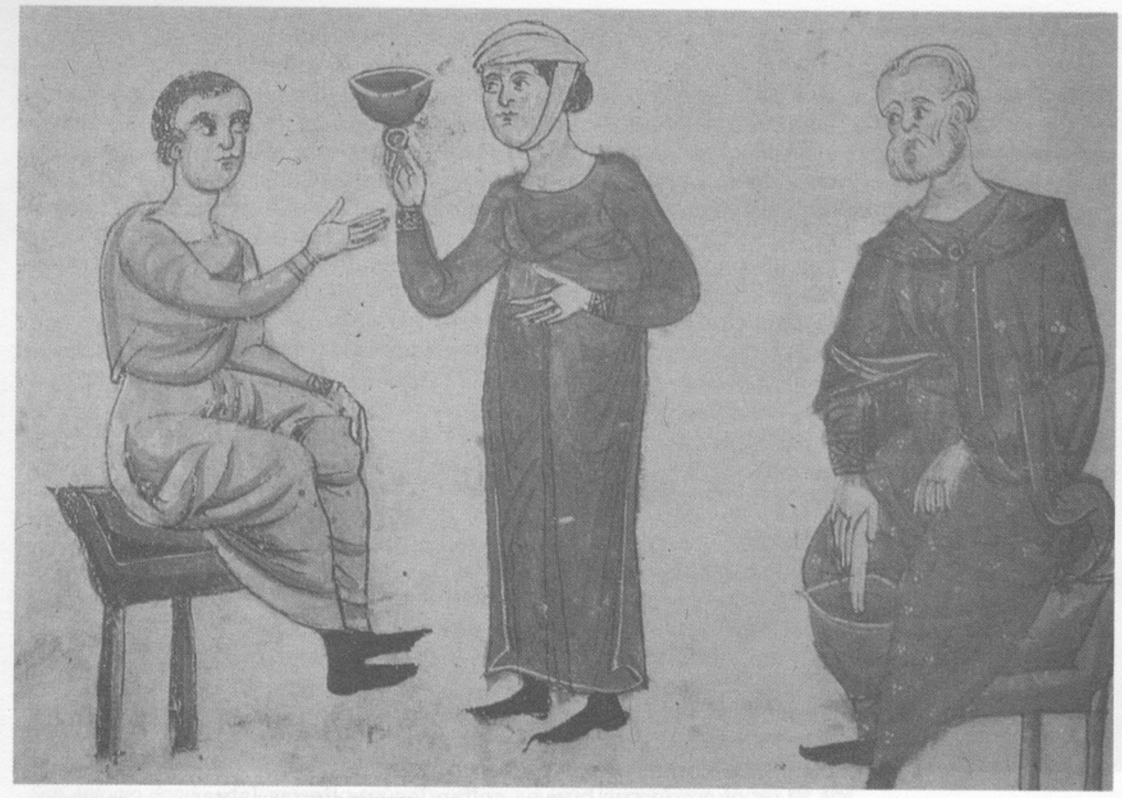
¿QUIEN podrá, pues, narrar tan grandes peligros?! ¡¿Quién podrá enumerar desastres tan lamentables?! Pues aunque todos los miembros se convirtiesen en lengua, no podría de ninguna manera, la naturaleza humana, referir la ruina de España ni tantos y tan grandes males como ésta soportó. Pero para contar al lector todo en breves páginas, dejando de lado los innumerables desastres que desde Adán hasta hoy causó, cruel, por innumerables regiones y ciudades, este mundo inmundo, todo cuando según la historia soportó la conquistada Troya, lo que aguantó Jerusalén, según vaticinio de los profetas, lo que padeció Babilonia, según el testimonio de las escrituras, y, en fin, todo cuanto Roma enriquecida por la dignidad de los apóstoles alcanzó por sus mártires, todo esto y más lo sintió España, tanto en su honra, como también de su deshonra, pues antes era atrayente, y ahora está hecha una desdicha. *(«Crónica mozárabe de 754», cap. 6. Ed. J. E. . LOPEZ PEREIRA.)*

El fin de los tiempos según los husitas radicales de Tabor (1420)

EN primer lugar, en nuestra época llegará la consumación de los siglos, es decir, la extirpación de todo el mal de este mundo. Esta época ya no es el tiempo de la misericordia, ni de la piedad, ni de la indulgencia para los malvados que se oponen a la ley divina.

En adelante será el momento de la venganza y de las represalias contra los malvados, con la espada o con el fuego, de suerte que todos los adversarios de la ley de Dios morirán con la espada o con el fuego, o de cualquier otra forma violenta...

Desde ahora, en esta época del final de los siglos que se llama día de la venganza, Cristo ha llegado en secreto, lo mismo que un ladrón para aplastar a sus enemigos con las armas o con el fuego, sobre todo con el fuego; porque como en otro tiempo el mundo fue renovado con el diluvio, ahora será renovado por el fuego; y con este fin todas las ciudades, pueblos y aldeas serán incendiados...



Paciente recibiendo un vino medicinal de un médico (códice Vindobonensis)

...Cristo vendrá bajo las especies corporales, hará desaparecer de su reino todos los escándalos y a todos aquellos que cometan el mal y no dejará que entre en este reino nada que no sea inmaculado, ni aquellos que preparan o hacen abominaciones; y El instituirá aquí su Iglesia, para mayor alabanza y gloria como nunca lo fue la Santa Iglesia primera... *(Extractos de los artículos milenaristas de Tabor, recogido por J. MACECK, «¿Herejía o revolución? El movimiento husita», pág. 127 a 130. Ed. Ciencia Nueva. Madrid, 1967.)*

Los pueblos bárbaros como heraldos de la catástrofe: el cruce del Rhin en el 406

EL pequeño número de los que sobrevivimos fue gracias no a nuestros méritos, sino a la misericordia del Señor. Pueblos innumerables y feroces han ocupado el conjunto de las Galias. Todo el país que se extiende entre los Alpes y los Pirineos, el que limita con el Océano y el Rin, ha sido devastado por quados, vándalos, sármatas, alanos gépidos, herulos, sajones, burgundios, alamanos y —terrible desgracia— los panonios se han convertido en enemigos, pues Assur ha llegado con ellos. (Salmo 82,9). Maguncia, en otro tiempo ilustre, ha sido tomada y saqueada. En su iglesia, millares de hombres han sido masacrados. Worms ha sido reducida después de un largo asedio. Las prepotentes urbes de Reims, Amiens, Arras, Tournai, Spira y Strasburgo han sido trasladadas a Germania. Las provincias de Aquitania, Novempopulania, Lugdunense y Narbonense, salvo un pequeño número de ciudades, han sido completamente saqueadas. Las ciudades han quedado despobladas por la espada y hambre. No puedo recordar sin lágrimas a Tolosa, cuya ruina sólo ha sido impedida por el mérito de su santo obispo Exuperio. Hispania misma, tiembla recordando la irrupción de los cimbrios... *(SAN JERONIMO, «Carta a Geruchia».)*

Síntomas de la proximidad del anticristo

MUCHAS gentes fueron a consultar a ciertas personas —las consideradas como más inquietas de estos tiempos— cual era la significación de que tales multitudes se pusieran en marcha hacia Jerusalén, cosa que no se había visto hasta entonces. Meditando sus palabras, estas personas respondieron que esto no presagiaba otra cosa que la venida del miserable anticristo quién, según la autoridad divina, se le verá venir al aproximarse el fin del mundo. Todas las gentes tomaron la ruta de Oriente, por donde debe aparecer, por lo que todas las naciones deben salir a su encuentro. Así se cumpliría la profecía del Señor según la cual, incluso los elegidos caerían entonces en la tentación. Reconoceremos esto pero sin negar, por lo demás, que los piadosos esfuerzos de los fieles les valdrán recibir del justo juez su recompensa y salario. *(RAUL GLABER, «Historias», lib. IV, cap. 6.)*

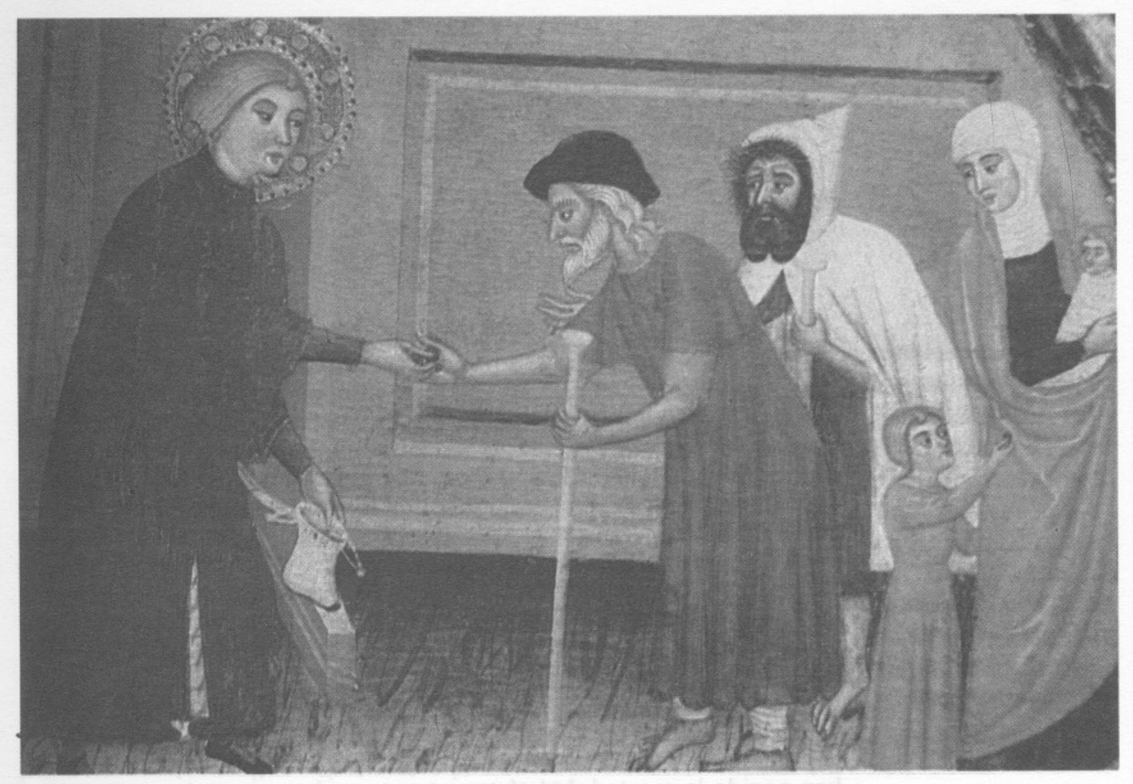
Visión del canciller Ayala sobre la guerra

CODICIAN caballeros las guerras cada día
por llevar grandes sueldos e llevar la cuantía,
e fuelgan cuando ven la tierra en robería
de ladrones e cortones que llevan en compañía.
Olvidado han a los moros las sus guerras fazer,
ca en otras tierras llanas asaz fallan que comer:
unos son capitanes, otros envían a correr,
sobre los pobres sin culpa se acostumbran a mantener.
Los cristianos han las guerras, los moros están folgados,
e todos los más reinos ya tiene reyes doblados:
e todo aquesto viene por los nuestros pecados,
ca somos contra Dios en toda cosa errados.
Los que con sus bueyes solían las sus tierras labrar,
todos toman ya armas e comienzan a robar,
roban la pobre gente e la fazen hermar;
Dios sólo es aquel que esto podía enmendar.
Non pueden usar justicia los reyes en la su tierra,
ca dizen que lo non sufre el tal tiempo de guerra:
asaz es engañado e contra Dios más yerra
quien el camino llano desampara por la sierra.

(P. LOPEZ DE AYALA, «Rimado de Palacio», Recogido de J. RODRIGUEZ PUERTOLAS, «Poesía de protesta en la Edad Media castellana. Historia y antología», Madrid, 1968, págs. 90-91.)

Descripción del gran hambre de 1032-1033, según Raúl Glaber

CUANDO se comieron a las bestias salvajes y los pájaros, los hombres se pusieron, obligados por el hambre devoradora, a recoger para comer todo tipo de carroñas y de cosas horribles de describir. Algunos, para escapar de la muerte, recurrieron a las raíces de los bosques y a las hierbas. Un hambre desesperada hizo que los hombres devoraran carne humana. Dos viajeros fueron muertos por otros más robustos que ellos, sus miembros despedazados, cocidos al fuego y devorados. Muchas gentes que se trasladaban de un lugar a otro para huir del hambre y encontraban en el camino hospitalidad, fueron degolladas durante la noche y sirvieron de alimento a aquellos que les habían acogido. Muchos, enseñando a los niños una fruta o un huevo, los atraían a lugares apartados, los asesinaban y los devoraban. Los cuerpos de los muertos fueron arrancados de la tierra en muchos lugares y sirvieron también para calmar el hambre. En la región del Mâcon muchas personas extraían del suelo una tierra blanca que se parecía a la arcilla, la mezclaban con lo que tenían de harina o de salvado y hacían con esta mezcla panes, gracias a los cuales esperaban no morir



San Antonio dando una limosna a pobres y peregrinos (por Jaume Serra, Museo de Arte de Cataluña)

de hambre; pero esta práctica no aportaba más que la esperanza de salvación y un consuelo ilusorio. Sólo se veían rostros pálidos y demacrados, muchos presentaban una piel salpicada de inflamaciones; incluso la voz humana se hacía endeble, parecida a pequeños grititos de pájaros expirando... *(Recogido por J. LE GOFF, «La Baja Edad Media», vol. XI de la Historia Universal Siglo XXI, Madrid, 1978, 7ª ed., págs. 22-23.)*

Hambre y carestía de 1345 en el reino castellanoleonés

EN este anno en questamos fue muy grant mortandat en los ganados, e otrosi la simiença muy tardia por el muy fuerte temporal que ha fecho de muy grandes yelos, en manera que las carnes son muy encarecydas e lo omes non las pueden aver, e el pan e las carnes encarece de cada día. *(Cortes de Burgos de 1345. Recogido en «Cortes de los Antiguos Reinos de León y Castilla», vol. I, pág. 484.)*

Tratado de paz entre Carlos II de Navarra y Pedro I de Castilla sobre cómo habrían de atravesarse las ciudades por parte de las tropas para no causar disturbios (1362)

OTROSSI (el rey de Castilla) dexará passar por sus tierras e regnos quales quier gente assí de cauaillo commo de pie que el dicho Rey de Nauarra enbiare a faser guerra a qual quier Rey o perssona con quien él ouiere guerra en la manera que dicha es, et demandar que los acojan en su regno e lugares e les dén viandas por sus dineros, e les dexen passar por todos los passos e puentes e los otros lugares que vieren que les cunplen, e les ayuden en todo lo que ouieren mester la dicha ayuda para faser la dicha guerra. Pero por guardar contienda que podría acaecer sobre las posadas de los lugares, que en las villas e lugares do llegaren qùe acojan los cabdiellos con çinquenta onbres de cauallo e çinquenta onbres de pie, e los otros que posen en el campo.

Otrossí en las passadas de las puentes o de los otros passos que ouiren a entrar en la çibdades e villas e lugares por do quieren a passar, que passen las conpañías çiento a çiento de cauallo, e fasta que passen los vnos çiento que non passen los otros çiento. Et assí commo fueren passados çiento que así dexen passar a otros çiento, e todos los otros d'esta guisa fasta que sean todos passados, en manera que non aya y detenimiento ninguno. *(Archivo general de Navarra. Sección de Comptos, Caj. 15, n° 42. Recogido en la Tesis de PILAR AZCARATE, «Las relaciones castellano-navarras en el siglo XIV: la época conflictiva (1328-1378)», Alcalá de Henares, 1987.)*

Perdón de la pecha de 1361 al pueblo navarro de Larraga, debido a la pobre cosecha recogida por obra de una fuerte sequía y a la consiguiente amenaza de despoblación

LOYS, inffant de Nauarra, etcétera. Al thesorero, Salut. Por partes del alcalde, mayorales, jurados e concejo de la villa de Larraga, suplicando nos es signifficado que al tiempo que las bonas gentes del Regno prestaron al Rey nuestro caro Seynnor e hermano quando postremerament partió del dicto Regno por ir a Francia, ciertas perssonas del dicto concep prestaron al dicto Rey nuestro Seynnor trezientas e VII libras carlines prietos (...) De la quoal suma sobredicta, segunt dizien, el dicto concep ha recebido en rebatimiento de lur pecha (...), así que monta en suma todo lo que han recebido CIII libras carlines prietos, segunt que todo esto por los libros de thesoreria e por carta de recognoscimiento más clarament puede parescer. E así rebatidas las dictas pagas, resta que es devido del dicto priestamo II o IIII libras.

De las quoales nos han pidido merce, humilment suplicado que esgoardando la sterilidat e seca deste ayno present, por la quoal eillos no han cogido la meatad de la frument que sembraron, assi en este aynno no han de que sembrar sini mallevando sobre le venidero, ge las mandemos pagar o rebater en la pecha que eillos deven al seynnor nuestro Seynnor deste aynno present. Car en otra manera eillos non podrían pagar la dicta pecha e la maor partida de las gentes de la dicta villa se avrían a yr a bivir a otros logares. Et nos entendida lur suplicación, considerando que en este aynno el pueblo de la dicta villa es mal caydo por razón de la seca, et queriendo relavar et socorrer aqueil, vos mandamos firme que al dicto concep de Larraga recibades o fagades recebir en compto e rebatades la pecha que eillos deuen deste aynno present CIIII libras carlines prietos... Data en Pamplona, VII° día de Octobre, Anno LX° Primo. Presente Maestre S. D'Escorssi. Peralta. *(Archivo general de Navarra. Sección de Comptos. Caj. 14, n° 155, fol. 48v. Pub. B. LEROY, «El Cartulario del Infante Luis de Navarra del año 1361», Pamplona, 1981, pág. 160-161.)*

Inundaciones y hambre en el Reino de Castilla (1434-1435)

DOS días antes de Todos Santos del dicho año, estando el Rey en Madrid, comenzó tan grande fortuna de aguas é nieves, que duró hasta siete dias de Henero del año treinta y cinco. En todos estos días nunca cesó agua ó nieve, en tal manera, que se fundieron muchas casas en el Reyno, é murió mucha gente en los rios y en las casas donde estaban, especialmente en Valladolid, donde creció tanto el rio Esgueva, que rompió la cerca de la villa é llevó lo más de la Costanilla é de otros barrios. En Medina del Campo el arroyo de Zarpadiel llevó muchas casas, y el avenida de los rios derribó los molinos de aquella comarca, é asimesmo en Madrid derribó muchas casas, é fue allí tan grande la hambre, que mas de quarenta dias toda la gente comia trigo cocido por mengua de harina. Murieron en este tiempo muchos ganados, é la tierra quedó tan llena de agua, que non podian andar los caminos, é con esto non podian arar ni sembrar, é fue la cares-

tia tan grande, que los hombres no se podian mantener. Y entonces en Sevilla cresció tanto el rio Guadalquivir, que llegó dos cobdos menos de junto con las almenas, é la gente de la cibdad de dia no entendian en otra cosa sino en galafatear é reparar la cerca, é muchos se metían en naos é caravelas, é los que no tenian en qué, pensaban ser todo perdidos. Y esta fortuna duró hasta el dia de Santa Maria de Marzo del año mil é quatrocientos é treinta é cinco, que á Nuestro Señor plugo que esta tormenta cesase. *(«Crónica del Rey Don Juan, segundo de este nombre en Castilla y León», B. A. E., vol. LXVIII, pág. 519.)*

La salud del cuerpo y del alma

SE transtorna el orden de la caridad si se atiende primero a la salud del cuerpo que a la del alma. En efecto, aunque en el sagrado concilio general se mandó severamente, que cuando vayan los médicos a visitar a un enfermo, le amonesten a que llame ante todo a los médicos de almas, para poder aplicar remedios al cuerpo después de proveer a la *salud espiritual;* sin embargo, se ve que frustra este saludable y útil estatuto o por olvido o por desprecio... *(Del Concilio de Tortosa de 1429.)*

La peste negra de 1348 en Florencia, según el Decamerón

DIGO, pues, que ya habían los años de la fructífera Encarnación del Hijo de Dios llegado el número de mil trescientos cuarenta y ocho, cuando a la egregia ciudad de Florencia, nobilísima entre todas las otras ciudades de Italia, llegó la mortífera peste —que o por obra de los cuerpos superiores o por nuestras acciones inicuas fue enviada sobre los mortales por la justa ira de Dios para nuestra corrección— que había comenzado algunos años antes en las partes orientales privándolas de gran cantidad de vivientes, y, continuándose sin descanso de un lugar en otro, se había extendido miserablemente a Occidente. Y no valiendo contra ella ningún saber ni providencia humana (como la limpieza de la ciudad de muchas inmundicias, ordenada por los encargados de ello y la prohibición de entrar en ella a todos los enfermos y los muchos consejos dados para conservar la salubridad) ni valiendo tampoco las humildes súplicas dirigidas a Dios por las personas devotas no una vez sino muchas ordenadas en procesiones o de otras maneras, casi al principio de la primavera del año antes dicho, empezó horriblemente y en asombrosa manera a mostrar sus dolorosos efectos. Y no era como en Oriente, donde a quien salía sangre de la nariz le era manifiesto signo de muerte inevitable, sino que en su comienzo nacían a los varones y a las hembras semejantemente en las ingles, o bajo las axilas, ciertas hinchazones que algunas crecían hasta el tamaño de una manzana y otras de un huevo, y algunas más y algunas menos, que eran llamadas bubas por el pueblo. Y de las dos dichas partes del cuerpo, en poco espacio de tiempo empezó la mortífera buba a extenderse a cualquiera de sus partes, indiferentemente, e inmediatamente comenzó la calidad de la dicha enfermedad a cambiarse en manchas negras o lívidas que aparecían a muchos en los brazos y por los muslos y en cualquier parte del cuerpo, a unos grandes y raras y a otros menudas y abundantes. *(G. BOCCACCIO, «Cuentos del Decamerón».)*

Canon contra las supersticiones

«ADEMAS prohibimos a los cristianos den oídos a los agüeros y encantaciones y a los supersticiosos que dimanan del curso de la luna, ni para dañar los animales, ni para echar las telas de las mujeres, porque todo esto huele a idolatría; y la Santa

Madre Iglesia lo anatemiza y por el contrario todo debe hacerse en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». *(Concilio de Compostela de 1056.)*

Consejos médicos

SI te faltan los médicos, sigue usando estos tres;
Mente alegre, sosiego y dieta moderada.
Levántate temprano y cuida no olvidar
lavar con agua fría tus manos y tus ojos,
estirar suavemente los miembros todos,
refrescar el cerebro haga frío o calor, sea diciembre o julio;
peinarte la cabeza y lavarte los dientes.
Mantente frío si te sangran, caliente si te bañas.
Si has comido, no es nocivo estar de pie o pasear.
(Poema del «Régimen sanitatis» atribuido a un médico de Salerno.)

Muerte de Alfonso XI a consecuencia de la Peste Negra

E agora tornando a nuestra entención, después de muchos consejos é afincamientos que los dichos Señores é Caballeros, segund avemos dicho, ficieron por levantar al Rey Don Alfonso de aquel real de Gibraltar, por la pestilencia que allí era, el Rey nunca lo quiso facer: é fue voluntad de Dios que el Rey adolesció, é ovo una landre, de la cual finó viernes santo, que dicen de indulgencia, que fué á veinte é siete dias de Marzo, año del nascimiento de nuestro Señor Jesu-Christo de mil é trescientos é cincuenta, que fué estonces años de jubileo. *(Crónica de Pedro I, Cap. I.)*

Curaciones milagrosas llevadas a cabo por los santos Cosme y Damián

ESTANDO en el campo un labrador descansando del trabajo de la siega de sus mieses, se quedó dormido con la boca abierta, y mientras dormía se le introdujo por ella una serpiente. Cuando despertó se fue a su casa sin enterarse de lo que le había ocurrido. Aquella misma noche comenzó a sentir fortísimos dolores, a dar gritos y a invocar a los santos Cosme y Damián, suplicándoles que acudieran en su auxilio. Como las molestias que sentía en vez de remitir iban en aumento, se fue a la iglesia de los santos mártires; poco después de llegar a ella quedóse repentinamente dormido y, en cuanto se durmió, la serpiente que aquella tarde había entrado por su boca por ella también salió. (J. DE VORAGINE, «La leyenda dorada».)



Mujer muerta por la peste con su niño en brazos (detalle de El triunfo de la muerte, *por Brueghel el Viejo, Museo del Prado, Madrid)*